

# FUENTEOVEJUNA

## Personas que hablan en ella:

La reina ISABEL de Castilla  
 El REY Fernando de Aragón  
 Rodrigo Téllez Girón, MAESTRE de la Orden de Calatrava  
 Fernán Gómez de Guzmán,  
 COMENDADOR Mayor de la Orden de Calatrava  
 Don Gómez MANRIQUE  
 Un JUEZ  
 Dos REGIDORES de Ciudad Real  
 ORTUÑO, criado del Comendador  
 FLORES, criado del Comendador  
 ESTEBAN, Alcaide de Fuenteovejuna  
 ALONSO, un regidor de Fuenteovejuna  
 Otro REGIDOR de Fuenteovejuna

LAURENCIA, labradora de Fuenteovejuna, hija de Esteban  
 JACINTA, labradora de Fuenteovejuna  
 PASCUALA, labradora de Fuenteovejuna  
 JUAN ROJO, labrador  
 FRONDOSO, labrador  
 MENGO, labrador gracioso  
 BARRILDO, labrador

LEONELO, Licenciado en derecho  
 CIMBRANO, soldado  
 Un MUCHACHO  
 LABRADORES y LABRADORAS  
 MÚSICOS

## ACTO PRIMERO

**Salen el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO,  
 criados**

COMENDADOR: ¿Sabe el maestro que estoy  
 en la villa?

FLORES: Ya lo sabe.

ORTUÑO: Está, con la edad, más grave.

COMENDADOR: Y ¿sabe también que soy

Fernán Gómez de Guzmán?

FLORES: Es muchacho, no te asombre.

COMENDADOR: Cuando no sepa mi nombre,  
¿no le sobra el que me dan  
de comendador mayor?

ORTUÑO: No falta quien le aconseje  
que de ser cortés se aleje.

COMENDADOR: Conquistará poco amor.

Es llave la cortesía  
para abrir la voluntad;  
y para la enemistad  
la necia descortesía.

ORTUÑO: Si supiese un descortés  
cómo le aborrecen todos  
--y querrían de mil modos  
poner la boca a sus pies--,  
antes que serlo ninguno,  
se dejaría morir.

FLORES: ¡Qué cansado es de sufrir!  
¡Qué áspero y qué importuno!

Llaman la descortesía  
necedad en los iguales,  
porque es entre desiguales  
linaje de tiranía.

Aquí no te toca nada;  
que un muchacho aún no ha llegado  
a saber qué es ser amado.

COMENDADOR: La obligación de la espada  
que se ciñó, el mismo día  
que la cruz de Calatrava  
le cubrió el pecho, bastaba  
para aprender cortesía.

FLORES: Si te han puesto mal con él,  
presto lo conocerás.

ORTUÑO: Vuélvete, si en duda estás.

COMENDADOR: Quiero ver lo que hay en él.

### ***Sale el MAESTRE de Calatrava y acompañamiento***

MAESTRE: Perdonad, por vida mía,  
Fernán Gómez de Guzmán;  
que agora nueva me dan  
que en la villa estáis.

COMENDADOR: Tenía  
muy justa queja de vos;  
que el amor y la crianza  
me daban más confianza,  
por ser, cual somos los dos,  
vos maestro en Calatrava,  
yo vuestro comendador  
y muy vuestro servidor.

MAESTRE: Seguro, Fernando, estaba  
de vuestra buena venida.  
Quiero volveros a dar  
los brazos.

COMENDADOR: Debéisme honrar;  
 que he puesto por vos la vida  
 entre diferencias tantas,  
 hasta suplir vuestra edad  
 el pontífice.

MAESTRE: Es verdad.  
 Y por las señales santas  
 que a los dos cruzan el pecho,  
 que os lo pago en estimaros  
 y como a mi padre honraros.

COMENDADOR: De vos estoy satisfecho.

MAESTRE: ¿Qué hay de guerra por allá?

COMENDADOR: Estad atento, y sabréis  
 la obligación que tenéis.

MAESTRE: Decid que ya lo estoy, ya.

COMENDADOR: Gran maestro, don Rodrigo  
 Téllez Girón, que a tan alto  
 lugar os trajo el valor  
 de aquel vuestro padre claro,  
 que, de ocho años, en vos  
 renunció su maestrazgo,  
 que después por más seguro  
 juraron y confirmaron  
 reyes y comendadores,  
 dando el pontífice santo  
 Pío segunda sus bulas  
 y después las suyas Paulo  
 para que don Juan Pacheco,  
 gran maestro de Santiago,  
 fuese vuestro coadjutor:  
 ya que es muerto, y que os han dado  
 el gobierno sólo a vos,  
 aunque de tan pocos años,  
 advertid que es honra vuestra  
 seguir en aqueste caso  
 la parte de vuestros deudos;  
 porque, muerto Enrique cuarto,  
 quieren que al rey don Alonso  
 de Portugal, que ha heredado,  
 por su mujer, a Castilla,  
 obedezcan sus vasallos;  
 que aunque pretende lo mismo  
 por Isabel don Fernando,  
 gran príncipe de Aragón,  
 no con derecho tan claro  
 a vuestros deudos, que, en fin,  
 no presumen que hay engaño  
 en la sucesión de Juana,  
 a quien vuestro primo hermano  
 tiene agora en su poder.  
 Y así, vengo a aconsejaros  
 que juntéis los caballeros  
 de Calatrava en Almagro,  
 y a Ciudad Real toméis,  
 que divide como paso  
 a Andalucía y Castilla,  
 para mirarlos a entrambos.  
 Poca gente es menester,

porque tienen por soldados  
 solamente sus vecinos  
 y algunos pocos hidalgos,  
 que defienden a Isabel  
 y llaman rey a Fernando.  
 Será bien que deis asombro,  
 Rodrigo, aunque niño, a cuantos  
 dicen que es grande esa cruz  
 para vuestros hombros flacos.  
 Mirad los condes de Urueña,  
 de quien venís, que mostrando  
 os están desde la fama  
 los laureles que ganaros;  
 los marqueses de Villena,  
 y otros capitanes, tantos,  
 que las alas de la fama  
 apenas pueden llevarlos.  
 Sacad esa blanca espada;  
 que habéis de hacer, peleando,  
 tan roja como la cruz;  
 porque no podré llamaros  
 maestro de la cruz roja  
 que tenéis al pecho, en tanto  
 que tenéis la blanca espada;  
 que una al pecho y otra al lado,  
 entrambas han de ser rojas;  
 y vos, Girón soberano,  
 capa del templo inmortal  
 de vuestros claros pasados.

MAESTRE: Fernán Gómez, estad cierto,  
 que en esta parcialidad,  
 porque veo que es verdad,  
 con mis deudos me concierto.

Y si importa, como paso  
 a Ciudad Real mi intento,  
 veréis que como violento  
 rayo sus muros abraso.

No porque es muerto mi tío  
 piensen de mis pocos años  
 los propios y los extraños  
 que murió con él mi brío.

Sacaré la blanca espada  
 para que quede su luz  
 de la color de la cruz,  
 de roja sangre bañada.

Vos, ¿adónde residís  
 tenéis algunos soldados?

COMENDADOR: Pocos, pero mis criados;  
 que si de ellos os servís,  
 pelearán como leones.

Ya veis que en Fuenteovejuna  
 hay gente humilde, y alguna  
 no enseñada en escuadrones,  
 sino en campos y labranzas.

MAESTRE: ¿Allí residís?

COMENDADOR: Allí  
 de mi encomienda escogí  
 casa entre aquestas mudanzas.

Vuestra gente se registre;  
que no quedará vasallo.  
MAESTRE: Hoy me veréis a caballo,  
poner la lanza en el ristre.

**Vanse. Salen PASCUALA y LAURENCIA**

LAURENCIA: ¡Mas que nunca acá volviera!

PASCUALA: Pues a la hé que pensé  
que cuando te lo conté  
más pesadumbre te diera.

LAURENCIA: ¡Plega al cielo que jamás  
le vea en Fuenteovejuna!

PASCUALA: Yo, Laurencia, he visto alguna  
tan brava, y pienso que más;  
y tenía el corazón  
brando como una manteca.

LAURENCIA: Pues ¿hay encina tan seca  
como ésta mi condición?

PASCUALA: Anda ya; que nadie diga:  
"de esta agua no beberé."

LAURENCIA: ¡Voto al sol que lo diré,  
aunque el mundo me desdiga!  
¿A qué efecto fuera bueno  
querer a Fernando yo?  
¿Casaráme con él?

PASCUALA: No.

LAURENCIA: Luego la infamia condeno.  
¡Cuántas mozas en la villa,  
del comendador fiadas,  
andan ya descalabradas!

PASCUALA: Tendré yo por maravilla  
que te escapes de su mano.

LAURENCIA: Pues en vano es lo que ves,  
porque ha que me sigue un mes,  
y todo, Pascuala, en vano.

Aquel Flores, su alcahuete,  
y Ortuño, aquel socarrón,  
me mostraron un jubón,  
una sarta y un copete.

Dijéronme tantas cosas  
de Fernando, su señor,  
que me pusieron temor;  
mas no serán poderosas  
para contrastar mi pecho.

PASCUALA: ¿Dónde te hablaron?

LAURENCIA: Allá  
en el arroyo, y habrá  
seis días.

PASCUALA: Y yo sospecho  
que te han de engañar, Laurencia.

LAURENCIA: ¿A mí?

PASCUALA: Que no, sino al cura.

LAURENCIA: Soy, aunque polla, muy dura  
yo para su reverencia.

Pardiez, más precio poner,  
 Pascuala, de madrugada,  
 un pedazo de lunada  
 al huego para comer,  
 con tanto zalacotón  
 de una rosca que yo amaso,  
 y hurtar a mi madre un vaso  
 del pegado cangilón,  
 y más precio al mediodía  
 ver la vaca entre las coles  
 haciendo mil caracoles  
 con espumosa armonía;  
 y concertar, si el camino  
 me ha llegado a causar pena,  
 casar un berenjena  
 con otro tanto tocino;  
 y después un pasatarde,  
 mientras la cena se aliña,  
 de una cuerda de mi viña,  
 que Dios de pedrisco guarde;  
 y cenar un salpicón  
 con su aceite y su pimienta,  
 e irme a la cama contenta,  
 y al "inducas tentación"  
 rezalle mis devociones,  
 que cuantas raposerías,  
 con su amor y sus porfías,  
 tienen estos bellacones;  
 porque todo su cuidado,  
 después de darnos disgusto,  
 es anochecer con gusto  
 y amanecer con enfado.

PASCUALA: Tienes, Laurencia, razón;  
 que en dejando de querer,  
 más ingratos suelen ser  
 que al villano el gorrión.

En el invierno, que el frío  
 tiene los campos helados,  
 descienden de los tejados,  
 diciéndole: "tío, tío,"

hasta llegar a comer  
 las migajas de la mesa;  
 mas luego que el frío cesa,  
 y el campo ven florecer,  
 no bajan diciendo "tío,"  
 del beneficio olvidados,  
 mas saltando en los tejados  
 dicen: "judío, judío."

Pues tales los hombres son:  
 cuando nos han menester,  
 somos su vida, su ser,  
 su alma, su corazón;  
 pero pasadas las ascuas,  
 las tías somos judías,  
 y en vez de llamarnos tías,  
 anda el nombre de las pascuas.

LAURENCIA: No fiarse de ninguno.

PASCUALA: Lo mismo digo, Laurencia.

**Salen MENGO, BARRILDO y FRONDOSO**

- FRONDOSO: En aquesta diferencia  
andas, Barrildo, importuno.
- BARRILDO: A lo menos aquí está  
quien nos dirá lo más cierto.
- MENGO: Pues hagamos un concierto  
antes que lleguéis allá,  
y es, que si juzgan por mí,  
me dé cada cual la prenda,  
precio de aquesta contienda.
- BARRILDO: Desde aquí digo que sí.  
Mas si pierdes, ¿qué darás?
- MENGO: Daré mi rabel de boj,  
que vale más que una troj,  
porque yo le estimo en más.
- BARRILDO: Soy contento.
- FRONDOSO: Pues lleguemos.  
Dios os guarde, hermosas damas.
- LAURENCIA: ¿Damas, Frondoso, nos llamas?
- FRONDOSO: Andar al uso queremos:  
al bachiller, licenciado;  
al ciego, tuerto; al bisojo,  
bizco; resentido, al cojo;  
y buen hombre, al descuidado.  
Al ignorante, sesudo;  
al mal galán, soldadesca;  
a la boca grande, fresca;  
y al ojo pequeño, agudo.  
Al pleitista, diligente;  
gracioso al entremetido;  
al hablador, entendido;  
y al insufrible, valiente.  
Al cobarde, para poco;  
al atrevido, bizarro;  
compañero al que es un jarro;  
y desenfadado, al loco.  
Gravedad, al descontento;  
a la calva, autoridad;  
donaire, a la necedad;  
y al pie grande, buen cimientto.  
Al buboso, resfriado;  
comedido al arrogante;  
al ingenioso, constante;  
al corcovado, cargado.  
Esto al llamaros imito,  
damas, sin pasar de aquí;  
porque fuera hablar así  
proceder en infinito.
- LAURENCIA: Allá en la ciudad, Frondoso,  
llámase por cortesía  
de esta suerte; y a fe mía,  
que hay otro más riguroso  
y peor vocabulario  
en las lenguas descortes.
- FRONDOSO: Querría que lo dijese.

LAURENCIA: Es todo a esotro contrario:  
 al hombre grave, enfadoso;  
 venturoso al descompuesto;  
 melancólico al compuesto;  
 y al que reprehende, odioso.  
 Importuno al que aconseja;  
 al liberal, moscatel;  
 al justiciero, crüel;  
 y al que es piadoso, madeja.  
 Al que es constante, villano;  
 al que es cortés, lisonjero;  
 hipócrita al limosnero;  
 y pretendiente al cristiano.  
 Al justo mérito, dicha;  
 a la verdad, imprudencia;  
 cobardía a la paciencia;  
 y culpa a lo que es desdicha.  
 Necia a la mujer honesta;  
 mal hecha a la hermosa y casta;  
 y a la honrada... Pero basta;  
 que esto basta por respuesta.

MENGO: Digo que eres el dimuño.  
 LAURENCIA: ¡Soncas que lo dice mal!  
 MENGO: Apostaré que la sal  
 la echó el cura con el puño.  
 LAURENCIA: ¿Qué contienda os ha traído,  
 si no es que mal lo entendí?  
 FRONDOSO: Oye, por tu vida.  
 LAURENCIA: Di.  
 FRONDOSO: Préstame, Laurencia, oído.  
 LAURENCIA: Como prestado, y aun dado,  
 desde agora os doy el mío.  
 FRONDOSO: En tu discreción confío.  
 LAURENCIA: ¿Qué es lo que habéis apostado?  
 FRONDOSO: Yo y Barrildo contra Mengo.  
 LAURENCIA: ¿Qué dice Mengo?  
 BARRILDO: Una cosa  
 que, siendo cierta y forzosa,  
 la niega.

MENGO: A negarla vengo,  
 porque yo sé que es verdad.  
 LAURENCIA: ¿Qué dice?  
 BARRILDO: Que no hay amor.  
 LAURENCIA: Generalmente, es rigor.  
 BARRILDO: Es rigor y es necesidad.  
 Sin amor, no se pudiera  
 ni aun el mundo conservar.

MENGO: Yo no sé filosofar;  
 leer, ¡ojalá supiera!  
 Pero si los elementos  
 en discordia eterna viven,  
 y de los mismos reciben  
 nuestros cuerpos alimentos,  
 cólera y melancolía,  
 flema y sangre, claro está.

BARRILDO: El mundo de acá y de allá,  
 Mengo, todo es armonía.  
 Armonía es puro amor,  
 porque el amor es concierto.

MENGO: Del natural os advierto



que yo no niego el valor.  
 Amor hay, y el que entre sí  
 gobierna todas las cosas,  
 correspondencias forzosas  
 de cuanto se mira aquí;  
 y yo jamás he negado  
 que cada cual tiene amor,  
 correspondiente a su humor,  
 que le conserva en su estado.

Mi mano al golpe que viene  
 mi cara defenderá;  
 mi pie, huyendo, estorbará  
 el daño que el cuerpo tiene.

Cerraránse mis pestañas  
 si al ojo le viene mal,  
 porque es amor natural.

PASCUALA: Pues, ¿de qué nos desengañas?

MENGO: De que nadie tiene amor  
 más que a su misma persona.

PASCUALA: Tú mientes, Mengo, y perdona;  
 porque, ¿es materia el rigor  
 con que un hombre a una mujer  
 o un animal quiere y ama  
 su semejante?

MENGO: Eso llama  
 amor propio, y no querer.  
 ¿Qué es amor?

LAURENCIA: Es un deseo  
 de hermosura.

MENGO: Esa hermosura,  
 ¿por qué el amor la procura?

LAURENCIA: Para gozarla.

MENGO: Eso creo.  
 Pues ese gusto que intenta,  
 ¿no es para él mismo?

LAURENCIA: Es así.

MENGO: Luego ¿por quererse a sí  
 busca el bien que le contenta?

LAURENCIA: Es verdad.

MENGO: Pues de ese modo  
 no hay amor sino el que digo,  
 que por mi gusto le sigo  
 y quiero dármelo en todo.

BARRILDO: Dijo el cura del lugar  
 cierto día en el sermón  
 que había cierto Platón  
 que nos enseñaba a amar;  
 que éste amaba el alma sola  
 y la virtud de lo amado.

PASCUALA: En materia habéis entrado  
 que, por ventura, acrisola  
 los caletres de los sabios  
 en sus cademias y escuelas.

LAURENCIA: Muy bien dice, y no te muelas  
 en persuadir sus agravios.

Da gracias, Mengo, a los cielos,  
 que te hicieron sin amor.

MENGO: ¿Amas tú?

LAURENCIA: Mi propio honor.

FRONDOSO: Dios te castigue con celos.

BARRILDO:       ¿Quién gana?  
 PASCUALA:       Con la cuestión  
                   podéis ir al sacristán,  
                   porque él o el cura os darán  
                   bastante satisfacción.  
                   Laurencia no quiere bien,  
                   yo tengo poca experiencia.  
                   ¿Cómo daremos sentencia?  
 FRONDOSO:       ¿Qué mayor que ese desdén?

**Sale FLORES**

FLORES:       Dios guarde a la buena gente.  
 FRONDOSO:     Éste es del comendador  
                   criado.  
 LAURENCIA:     ¡Gentil azor!  
                   ¿De adónde bueno, pariente?  
 FLORES:       ¿No me veis a lo soldado?  
 LAURENCIA:     ¿Viene don Fernando acá?  
 FLORES:       La guerra se acaba ya,  
                   puesto que nos ha costado  
                   alguna sangre y amigos.  
 FRONDOSO:     Contadnos cómo pasó.  
 FLORES:       ¿Quién lo dirá como yo,  
                   siendo mis ojos testigos?

Para emprender la jornada  
 de esta ciudad, que ya tiene  
 nombre de Ciudad Real,  
 juntó el gallardo maestre  
 dos mil lucidos infantes  
 de sus vasallos valientes,  
 y trescientos de a caballo  
 de seglares y de freiles;  
 porque la cruz roja obliga  
 cuantos al pecho la tienen,  
 aunque sean de orden sacro;  
 mas contra moros, se entiende.  
 Salió el muchacho bizarro  
 con una casaca verde,  
 bordada de cifras de oro,  
 que sólo los brazaletes  
 por las mangas descubrían,  
 que seis alamares prenden.  
 Un corpulento bridón,  
 Rucio rodado, que al Betis  
 bebió el agua, y en su orilla  
 despuntó la grama fértil;  
 el codón labrado en cintas  
 de ante, y el rizo copete  
 cogido en blancas lazadas,  
 que con las moscas de nieve  
 que bañan la blanca piel  
 iguales labores teje.

A su lado Fernán Gómez,  
 vuestro señor, en un fuerte  
 melado, de negros cabos,  
 puesto que con blanco bebe.  
 Sobre turca jacerina,  
 peto y espaldar luciente,  
 con naranjada orla saca,  
 que de oro y perlas guarnece.  
 El morrión, que coronado  
 con blancas plumas, parece  
 que del color naranjado  
 aquellos azahares vierte;  
 ceñida al brazo una liga  
 roja y blanca, con que mueve  
 un fresno entero por lanza  
 que hasta en Granada le temen.  
 La ciudad se puso en arma;  
 dicen que salir no quieren  
 de la corona real,  
 y el patrimonio defienden.  
 Entróla bien resistida,  
 y el maestro a los rebeldes  
 y a los que entonces trataron  
 su honor injuriosamente  
 mandó cortar las cabezas,  
 y a los de la baja plebe,  
 con mordazas en la boca,  
 azotar públicamente.  
 Queda en ella tan temido  
 y tan amado, que creen  
 que quien en tan pocos años  
 pelea, castiga y vence,  
 ha de ser en otra edad  
 rayo del África fértil,  
 que tantas lunas azules  
 a su roja cruz sujete.  
 Al comendador y a todos  
 ha hecho tantas mercedes,  
 que el saco de la ciudad  
 el de su hacienda parece.  
 Mas ya la música suena;  
 recibidle alegremente,  
 que al triunfo las voluntades  
 son los mejores laureles.

***Salen el COMENDADOR y ORTUÑO, MÚSICOS,  
 JUAN ROJO y ESTEBAN, ALONSO, ALCAIDES. Cantan los MÚSICOS***

MUSICOS: "Sea bien venido  
 el comendadore  
 de rendir las tierras  
 y matar los hombres.  
 ¡Vivan los Guzmanes!  
 ¡Vivan los Girones!  
 Si en las paces blando,

dulce en las razones.  
 Venciendo moriscos,  
 fuertes como un roble,  
 de Ciudad Reale  
 viene vencedore;  
 que a Fuenteovejuna  
 trae los pendones.  
 ¡Viva muchos años,  
 viva Fernán Gómez!"

COMENDADOR: Villa, yo os agradezco justamente  
 el amor que me habéis aquí mostrado.

ALONSO: Aun no muestra una parte del que siente.  
 Pero ¿qué mucho que seáis amado,  
 mereciéndolo vos?

ESTEBAN: Fuenteovejuna  
 y el regimiento que hoy habéis honrado,  
 que recibáis os ruego e importuna  
 un pequeño presente, que esos carros  
 traen, señor, no sin vergüenza alguna,  
 de voluntades y árboles bizarros,  
 más que de ricos dones. Lo primero  
 traen dos cestas de polidos barros;  
 de gansos viene un ganadillo entero,  
 que sacan por las redes las cabezas,  
 para cantar vueso valor guerrero.  
 Diez cebones en sal, valientes piezas,  
 sin otras menudencias y cecinas,  
 y más que guantes de ámbar, sus cortezas.  
 Cien pares de capones y gallinas,  
 que han dejado viudos a sus gallos  
 en las aldeas que miráis vecinas.  
 Acá no tienen armas ni caballos,  
 no jaeces bordados de oro puro,  
 si no es oro el amor de los vasallos.  
 Y porque digo puro, os aseguro  
 que vienen doce cueros, que aun en cueros  
 por enero podéis guardar un muro,  
 si de ellos aforráis vuestros guerreros,  
 mejor que de las armas aceradas;  
 que el vino suele dar lindos aceros.  
 De quesos y otras cosas no excusadas  
 no quiero daros cuenta. Justo pecho  
 de voluntades que tenéis ganadas;  
 y a vos y a vuestra casa, buen provecho.

COMENDADOR: Estoy muy agradecido.  
 Id, regimiento, en buen hora.

ALONSO: Descansad, señor, agora,  
 y seáis muy bien venido;  
 que esta espadaña que veis  
 y juncia a vuestros umbrales  
 fueran perlas orientales,  
 y mucho más merecéis,  
 a ser posible a la villa.

COMENDADOR: Así lo creo, señores.  
 Id con Dios.

ESTEBAN: Ea, cantores,

vaya otra vez la letrilla.

### **Cantan**

MÚSICOS: "Sea bien venido  
el comendadore  
de rendir las tierras  
y matar los hombres."

### **Vanse los MÚSICOS y los ALCAIDES**

COMENDADOR: Esperad vosotras dos.  
LAURENCIA: ¿Qué manda su señoría?  
COMENDADOR: ¡Desdenes el otro día,  
pues, conmigo! ¡Bien, por Dios!  
LAURENCIA: ¿Habla contigo, Pascuala?  
PASCUALA: Conmigo no, tirte ahuera.  
COMENDADOR: Con vos hablo, hermosa fiera,  
y con esotra zagala.  
¿Mías no sois?  
PASCUALA: Sí, señor;  
mas no para casos tales.  
COMENDADOR: Entrad, pasado los umbrales;  
hombres hay, no hayáis temor.  
LAURENCIA: Si los alcaldes entraran,  
que de uno soy hija yo,  
bien huera entrar; mas si no...  
COMENDADOR: ¡Flores!  
FLORES: ¿Señor?  
COMENDADOR: ¡Que reparan  
en no hacer lo que les digo!  
FLORES: ¡Entrad, pues!  
LAURENCIA: No nos agarre.  
FLORES: Entrad; que sois necias.  
PASCUALA: Arre;  
que echaréis luego el postigo.  
FLORES: Entrad; que os quiere enseñar  
lo que trae de la guerra.  
COMENDADOR: Si entraren, Ortuño, cierra.

### **Éntrase**

LAURENCIA: Flores, dejadnos pasar.  
ORTUÑO: ¿También venís presentadas  
con lo demás?

PASCUALA:                ¡Bien a fe!  
                               Desvíese, no le dé...  
 FLORES:                Basta; que son extremadas.  
 LAURENCIA:            ¿No basta a vuestro señor  
                               tanta carne presentada?  
 ORTUÑO:                La vuestra es la que le agrada.  
 LAURENCIA:            ¡Reviente de mal dolor!

***Vanse LAURENCIA y PASCUALA***

FLORES:                ¡Muy buen recado llevamos!  
                               No se ha de poder sufrir  
                               lo que nos ha de decir  
                               cuando sin ellas nos vamos.  
 ORTUÑO:                Quien sirve se obliga a esto.  
                               Si en algo desea medrar,  
                               o con paciencia ha de estar,  
                               o ha de despedirse presto.

***Vanse los dos. Salgan el REY don Fernando, la  
 reina doña ISABEL, MANRIQUE, y acompañamiento***

ISABEL:                Digo, señor, que conviene  
                               el no haber descuido en esto,  
                               por ver a Alfonso en tal puesto,  
                               y su ejército previene.  
                               Y es bien ganar por la mano  
                               antes que el daño veamos;  
                               que si no lo remediamos,  
                               el ser muy cierto está llano.  
 REY:                    De Navarra y de Aragón  
                               está el socorro seguro,  
                               y de Castilla procuro  
                               hacer la reformation  
                               de modo que el buen suceso  
                               con la prevención se vea.  
 ISABEL:                Pues vuestra majestad crea  
                               que el buen fin consiste en eso.  
 MANRIQUE:            Aguardando tu licencia  
                               dos regidores están  
                               de Ciudad Real. ¿Entrarán?  
 REY:                    No les nieguen mi presencia.

***Salen dos REGIDORES de Ciudad Real***

REGIDOR 1: Católico rey Fernando,  
 a quien ha enviado el cielo  
 desde Aragón a Castilla  
 para bien y amparo nuestro:  
 en nombre de Ciudad Real,  
 a vuestro valor supremo  
 humildes nos presentamos,  
 el real amparo pidiendo.  
 A mucha dicha tuvimos  
 tener título de vuestros;  
 pero pudo derribarnos  
 de este honor el hado adverso.  
 El famoso don Rodrigo  
 Téllez Girón, cuyo esfuerzo  
 es en valor extremado,  
 aunque es en la edad tan tierno  
 maestro de Calatrava,  
 él, ensanchar pretendiendo  
 el honor de la encomienda,  
 nos puso apretado cerco.  
 Con valor nos prevenimos,  
 a su fuerza resistiendo,  
 tanto, que arroyos corrían  
 de la sangre de los muertos.  
 Tomó posesión, en fin;  
 pero no llegara a hacerlo,  
 a no le dar Fernán Gómez  
 orden, ayuda y consejo.  
 Él queda en la posesión,  
 y sus vasallos seremos,  
 suyos, a nuestro pesar,  
 a no remediarlo presto.

REY: ¿Dónde queda Fernán Gómez?

REGIDOR 1: En Fuenteovejuna creo,  
 por ser su villa, y tener  
 en ella casa y asiento.  
 Allí, con más libertad  
 de la que decir podemos,  
 tiene a los súbditos suyos  
 de todo contento ajenos.

REY: ¿Tenéis algún capitán?

REGIDOR 2: Señor, el no haberle es cierto,  
 pues no escapó ningún noble  
 de preso, herido o de muerto.

ISABEL: Ese caso no requiere  
 ser de espacio remediado;  
 que es dar al contrario osado  
 el mismo valor que adquiere;  
 y puede el de Portugal,  
 hallando puerta segura,  
 entrar por Extremadura  
 y causarnos mucho mal

REY: Don Manrique, partid luego,  
 llevando dos compañías;  
 remediad sus demasías  
 sin darles ningún sosiego.

El conde de Cabra ir puede  
 con vos; que es Córdoba osado,

a quien nombre de soldado  
 todo el mundo le concede;  
 que éste es el medio mejor  
 que la ocasión nos ofrece.

MANRIQUE: El acuerdo me parece  
 como de tan gran valor.

Pondré límite a su exceso,  
 si el vivir en mí no cesa.

ISABEL: Partiendo vos a la empresa,  
 seguro está el buen suceso.

***Vanse todos. Salen LAURENCIA y FRONDOSO***

LAURENCIA: A medio torcer los paños,  
 quise, atrevido Frondoso  
 para no dar qué decir,  
 desviarme del arroyo;  
 decir a tus demasías  
 que murmura el pueblo todo,  
 que me miras y te miro,  
 y todos nos traen sobre ojo.  
 Y como tú eres zagal  
 de los que huellan, brioso,  
 y excediendo a los demás  
 vistes bizarro y costoso,  
 en todo lugar no hay moza,  
 o mozo en el prado o soto,  
 que no se afirme diciendo  
 que ya para en uno somos;  
 y esperan todos el día  
 que el sacristán Juan Chamorro  
 nos eche de la tribuna  
 en dejando los piporros.  
 Y mejor sus trojes vean  
 de rubio trigo en agosto  
 atestadas y colmadas,  
 y sus tinajas de mosto,  
 que tal imaginación  
 me ha llegado a dar enojo:  
 ni me desvela ni aflige  
 ni en ella el cuidado pongo.

FRONDOSO: Tal me tienen tus desdenes,  
 bella Laurencia, que tomo,  
 en el peligro de verte,  
 la vida, cuando te oigo.  
 Si sabes que es mi intención  
 el desear ser tu esposo,  
 mal premio das a mi fe.

LAURENCIA: Es que yo no sé dar otro.

FRONDOSO: ¿Posible es que no te duelas  
 de verme tan cuidadoso  
 y que imaginando en ti  
 ni bebo, duermo ni como?  
 ¿Posible es tanto rigor  
 en ese angélico rostro?



¡Viven los cielos, que rabio!  
 LAURENCIA: Pues salúdate, Frondoso.  
 FRONDOSO Ya te pido yo salud,  
 y que ambos, como palomos,  
 estemos, juntos los picos,  
 con arrullos sonorosos,  
 después de darnos la iglesia...  
 LAURENCIA: Dilo a mi tío Juan Rojo;  
 que aunque no te quiero bien,  
 ya tengo algunos asomos.  
 FRONDOSO: ¡Ay de mí! El señor es éste.  
 LAURENCIA: Tirando viene a algún corzo.  
 Escóndete en esas ramas.  
 FRONDOSO: Y ¡con qué celos me escondo!

***Sale el COMENDADOR***

COMENDADOR: No es malo venir siguiendo  
 un corcillo temeroso,  
 y topar tan bella gama.  
 LAURENCIA: Aquí descansaba un poco  
 de haber lavado unos paños;  
 y así, al arroyo me torno,  
 si manda su señoría.  
 COMENDADOR: Aquesos desdenes toscos  
 afrentan, bella Laurencia,  
 las gracias que el poderoso  
 cielo te dio, de tal suerte,  
 que vienes a ser un monstruo.  
 Mas si otras veces pudiste  
 huir mi ruego amoroso,  
 agora no quiere el campo,  
 amigo secreto y solo;  
 que tú sola no has de ser  
 tan soberbia, que tu rostro  
 huyas al señor que tienes,  
 teniéndome a mí en tan poco.  
 ¿No se rindió Sebastiana,  
 mujer de Pedro Redondo,  
 con ser casadas entrambas,  
 y la de Martín del Pozo,  
 habiendo apenas pasado  
 dos días del desposorio?  
 LAURENCIA: Ésas, señor, ya tenían  
 de haber andado con otros  
 el camino de agradaros;  
 porque también muchos mozos  
 merecieron sus favores.  
 Id con Dios, tras vuestro corzo;  
 que a no veros con la cruz,  
 os tuviera por demonio,  
 pues tanto me perseguís.  
 COMENDADOR: ¡Qué estilo tan enfadoso!  
 Pongo la ballesta en tierra  
 [puesto que aquí estamos solos],

y a la práctica de manos  
reduzco melindres.

LAURENCIA: ¿Cómo?  
¿Eso hacéis? ¿Estáis en vos?

**Sale FRONDOSO y toma la ballesta**

COMENDADOR: No te defiendas.

FRONDOSO: Si tomo  
la ballesta ¡vive el cielo  
que no la ponga en el hombro!

COMENDADOR: Acaba, ríndete.

LAURENCIA: ¡Cielos,  
ayúdame ahora!

COMENDADOR: Solos  
estamos; no tengas miedo.

FRONDOSO: Comendador generoso,  
dejad la moza, o creed  
que de mi agravio y enojo  
será blanco vuestro pecho,  
aunque la cruz me da asombro.

COMENDADOR: ¡Perro, villano!...

FRONDOSO: No hay perro.  
Huye, Laurencia.

LAURENCIA: Frondoso,  
mira lo que haces.

FRONDOSO: Vete.

**Vase LAURENCIA**

COMENDADOR: ¡Oh, mal haya el hombre loco,  
que se descifne la espada!  
Que, de no espantar medroso  
la caza, me la quite.

FRONDOSO: Pues, pardiez, señor, si toco  
la nuez, que os he de apiolar.

COMENDADOR: Ya es ida. Infame, alevoso,  
suelta la ballesta luego.  
Suéltala, villano.

FRONDOSO: ¿Cómo?  
Que me quitaréis la vida.  
Y advertid que Amor es sordo,  
y que no escucha palabras  
el día que está en su trono.

COMENDADOR: Pues, ¿la espalda ha de volver  
un hombre tan valeroso  
a un villano? Tira, infame,  
tira, y guárdate; que rompo  
las leyes de caballero.

FRONDOSO: Eso, no. Yo me conformo

con mi estado, y, pues me es  
guardar la vida forzoso,  
con la ballesta me voy.  
COMENDADOR: ¡Peligro extraño y notorio!  
Mas yo tomaré venganza  
del agravio y del estorbo.  
¡Que no cerrara con él!  
¡Vive el cielo, que me corro!

**FIN DEL PRIMER ACTO**

**ACTO SEGUNDO**

***Salen ESTEBAN y otro REGIDOR***

ESTEBAN: Así tenga salud, como parece,  
que no se saque más agora el pósito.  
El año apunta mal, y el tiempo crece,  
y es mejor que el sustento esté en depósito,  
aunque lo contradicen más de trece.

REGIDOR: Yo siempre he sido, al fin, de este propósito,  
en gobernar en paz esta república.

ESTEBAN: Hagamos de ello a Fernán Gómez súplica.  
No se puede sufrir que estos astrólogos,  
en las cosas futuras ignorantes,  
nos quieran persuadir con largos prólogos  
los secretos a Dios sólo importantes.  
¡Bueno es que, presumiendo de teólogos,  
hagan un tiempo en el que después y ante!  
Y pidiendo el presente lo importante,  
al más sabio veréis más ignorante.  
¿Tienen ellos las nubes en su casa  
y el proceder de las celestes lumbres?  
¿Por dónde ven los que en el cielo pasa,  
para darnos con ella pesadumbres?  
Ellos en el sembrar nos ponen tasa:  
dacá el trigo, cebada y las legumbres,  
calabazas, pepinos y mostazas...  
Ellos son, a la fe, las calabazas.  
Luego cuentan que muere una cabeza,  
y después viene a ser en Transilvania;  
que el vino será poco, y la cerveza  
sobrará por las partes de Alemania;  
que se helará en Gascuña la cereza,

y que habrá muchos tigres en Hircania.  
Y al cabo, que se siembre o no se siembre,  
el año se remata por diciembre.

**Salen el licenciado LEONELO y BARRILDO**

LEONELO: A fe que no ganéis la palmatoria,  
porque ya está ocupado el mentidero.  
BARRILDO: ¿Cómo os fue en Salamanca?  
LEONELO: Es larga historia.  
BARRILDO: Un Bártulo seréis.  
LEONELO: Ni aun un barbero.  
Es, como digo, cosa muy notoria  
en esta facultad lo que os refiero.  
BARRILDO: Sin duda que venís buen estudiante.  
LEONELO: Saber he procurado lo importante.  
BARRILDO: Después que vemos tanto libro impreso,  
no hay nadie que de sabio no presuma.  
LEONELO: Antes que ignoran más siento por eso,  
por no se reducir a breve suma;  
porque la confusión, con el exceso,  
los intentos resuelve en vana espuma;  
y aquel que de leer tiene más uso,  
de ver letreros sólo está confuso.  
No niego yo que de imprimir el arte  
mil ingenios sacó de entre la jerga,  
y que parece que en sagrada parte  
sus obras guarda y contra el tiempo alberga;  
éste las distribuye y las reparte.  
Débese esta invención a Gutemberga,  
un famoso tudesco de Maguncia,  
en quien la fama su valor renuncia.  
Mas muchos que opinión tuvieron grave  
por imprimir sus obras la perdieron;  
tras esto, con el nombre del que sabe  
muchos sus ignorancias imprimieron.  
Otros, en quien la baja envidia cabe,  
sus locos desatinos escribieron,  
y con nombre de aquél que aborrecían  
impresos por el mundo los envían.  
BARRILDO: No soy de esa opinión.  
LEONELO: El ignorante  
es justo que se vengue del letrado.  
BARRILDO: Leonelo, la impresión es importante.  
LEONELO: Sin ella muchos siglos se han pasado,  
y no vemos que en éste se levante  
[..... --ado]  
un Jerónimo santo, un Agustino.  
BARRILDO: Dejadlo y asentaos, que estáis mohino.

**Salen JUAN ROJO y otro LABRADOR**

JUAN ROJO: No hay en cuatro haciendas para un dote,  
 si es que las vistas han de ser al uso;  
 que el hombre que es curioso es bien que note  
 que en esto el barrio y vulgo anda confuso.  
 LABRADOR: ¿Qué hay del comendador? No os alborote.  
 JUAN ROJO: ¡Cuál a Laurencia en ese campo puso!  
 LABRADOR: ¿Quién fue cual él tan bárbaro y lascivo?  
 Colgado le vea yo de aquel olivo.

**Salen el COMENDADOR, ORTUÑO y FLORES**

COMENDADOR: Dios guarde la buena gente.  
 REGIDOR: ¡Oh, señor!  
 COMENDADOR: Por vida mía,  
 que se estén.  
 ESTEBAN: Vuseñoría  
 adonde suele se siente,  
 que en pie estaremos muy bien.  
 COMENDADOR: Digo que se han de sentar.  
 ESTEBAN: De los buenos es honrar,  
 que no es posible que den  
 honra los que no la tienen.  
 COMENDADOR: Siéntense; hablaremos algo.  
 ESTEBAN: ¿Vio vuseñoría el galgo?  
 COMENDADOR: Alcalde, espantados vienen  
 esos críados de ver  
 tan notable ligereza.  
 ESTEBAN: Es una extremada pieza.  
 Pardiez, que puede correr  
 al lado de un delincuente  
 o de un cobarde en cuestión.  
 COMENDADOR: Quisiera en esta ocasión  
 que le hiciérades pariente  
 a una liebre que por pies  
 por momentos se me va.  
 ESTEBAN: Sí haré, par Dios. ¿Dónde está?  
 COMENDADOR: Allá vuestra hija es.  
 ESTEBAN: ¡Mi hija!  
 COMENDADOR: Sí.  
 ESTEBAN: Pues, ¿es buena  
 para alcanzada de vos?  
 COMENDADOR: Reñidla, alcalde, por Dios.  
 ESTEBAN: ¿Cómo?  
 COMENDADOR: Ha dado en darme pena.  
 mujer hay, y principal,  
 de alguno que está en la plaza,  
 que dio, a la primera traza,  
 traza de verme.  
 ESTEBAN: Hizo mal;  
 y vos, señor, no andáis bien  
 en hablar tan libremente.  
 COMENDADOR: ¡Oh, qué villano elocuente!  
 ¡Ah, Flores!, haz que le den

la Política, en que lea  
de Aristóteles.

ESTEBAN: Señor,  
debajo de vuestro honor  
vivir el pueblo desea.  
Mirad que en Fuenteovejuna  
hay gente muy principal.

LEONELO: ¿Vióse desvergüenza igual?

COMENDADOR: Pues, ¿he dicho cosa alguna  
de que os pese, regidor?

REGIDOR: Lo que decís es injusto;  
no lo digáis, que no es justo  
que nos quitéis el honor.

COMENDADOR: ¿Vosotros honor tenéis?  
¡Qué freiles de Calatrava!

REGIDOR: Alguno acaso se alaba  
de la cruz que le ponéis,  
que no es de sangre tan limpia.

COMENDADOR: Y, ¿ensúciola yo juntando  
la mía a la vuestra?

REGIDOR: Cuando  
que el mal más tiñe que alimpia.

COMENDADOR: De cualquier suerte que sea,  
vuestras mujeres se honran.

ESTEBAN: Esas palabras deshonoran;  
las obras no hay quien las crea.

COMENDADOR: ¡Qué cansado villanaje!  
¡Ah! Bien hayan las ciudades,  
que a hombres de calidades  
no hay quien sus gustos ataje;  
allá se precian casados  
que visiten sus mujeres.

ESTEBAN: No harán; que con esto quieres  
que vivamos descuidados.  
En las ciudades hay Dios  
y más presto quien castiga.

COMENDADOR: Levantaos de aquí.

ESTEBAN: ¿Qué diga  
lo que escucháis por los dos?

COMENDADOR: Salid de la plaza luego;  
no quede ninguno aquí.

ESTEBAN: Ya nos vamos.

COMENDADOR: Pues no así.

FLORES: Que te reportes te ruego.

COMENDADOR: Querrían hacer corrillo  
los villanos en mi ausencia.

ORTUÑO: Ten un poco de paciencia.

COMENDADOR: De tanta me maravillo.  
Cada uno de por sí  
se vayan hasta sus casas.

LEONELO: ¡Cielo! ¿Qué por esto pasas?

ESTEBAN: Ya yo me voy por aquí.

***Vanse los LABRADORES***

COMENDADOR: ¿Qué os parece de esta gente?

ORTUÑO: No sabes disimular,  
que no quieres escuchar  
el disgusto que se siente.

COMENDADOR: Éstos ¿se igualan conmigo?

FLORES: Que no es aqueso igualarse.

COMENDADOR: Y el villano, ¿ha de quedarse  
con ballesta y sin castigo?

FLORES: Anoche pensé que estaba  
a la puerta de Laurencia,  
y a otro, que su presencia  
y su capilla imitaba,  
de oreja a oreja le di  
un beneficio famoso.

COMENDADOR: ¿Dónde estará aquel Frondoso?

FLORES: Dicen que anda por ahí.

COMENDADOR: ¡Por ahí se atreve a andar  
hombre que matarme quiso!

FLORES: Como el ave sin aviso,  
o como el pez, viene a dar  
al reclamo o al anzuelo.

COMENDADOR: ¡Que a un capitán cuya espada  
tiemblan Córdoba y Granada,  
un labrador, un mozuelo  
ponga una ballesta al pecho!  
El mundo se acaba, Flores.

FLORES: Como eso pueden amores.

ORTUÑO: Y pues que vive, sospecho  
que grande amistad le debes.

COMENDADOR: Yo he disimulado, Ortuño;  
que si no, de punta a puño,  
antes de dos horas breves,  
pasara todo el lugar;  
que hasta que llegue ocasión  
al freno de la razón  
hago la venganza estar.  
¿Qué hay de Pascuala?

FLORES: Responde  
que anda agora por casarse.

COMENDADOR: ¿Hasta allí quiere fiarse?

FLORES: En fin, te remite donde  
te pagarán de contado.

COMENDADOR: ¿Qué hay de Olalla?

ORTUÑO: Una graciosa  
respuesta.

COMENDADOR: Es moza brñosa.  
¿Cómo?

ORTUÑO: Que su desposado  
anda tras ella estos días  
celoso de mis recados  
y de que con tus criados  
a visitarla venías;  
pero que si se descuida  
entrarás como primero.

COMENDADOR: ¡Bueno, a fe de caballero!  
Pero el villanejo cuida...

ORTUÑO: Cuida, y anda por los aires.

COMENDADOR: ¿Qué hay de Inés?

FLORES: ¿Cuál?

COMENDADOR: La de Antón.  
 FLORES: Para cualquier ocasión  
 ya ha ofrecido sus donaires.  
 Hábléla por el corral,  
 por donde has de entrar si quieres.  
 COMENDADOR: A las fáciles mujeres  
 quiero bien y pago mal.  
 Si éstas supiesen, ¡oh, Flores!,  
 estimarse en lo que valen...  
 FLORES: No hay disgustos que se igualen  
 a contrastar sus favores.  
 Rendirse presto desdice  
 de la esperanza del bien;  
 mas hay mujeres también,  
 porque el filósofo dice,  
 que apetecen a los hombres  
 como la forma desea  
 la materia; y que esto sea  
 así, no hay de qué te asombres.  
 COMENDADOR: Un hombre de amores loco  
 huélgase que a su accidente  
 se le rindan fácilmente,  
 mas después las tiene en poco,  
 y el camino de olvidar,  
 al hombre más obligado  
 es haber poco costado  
 lo que pudo desear.

***Sale CIMBRANOS, soldado***

CIMBRANOS: ¿Está aquí el comendador?  
 ORTUÑO: ¿No le ves en tu presencia?  
 CIMBRANO: ¡Oh, gallardo Fernán Gómez!  
 Trueca la verde montera  
 en el blanco morrión  
 y el gabán en armas nuevas;  
 que el maestro de Santiago  
 y el conde de Cabra cercan  
 a don Rodrigo Girón,  
 por la castellana reina,  
 en Ciudad Real; de suerte  
 que no es mucho que se pierda  
 lo que en Calatrava sabes  
 que tanta sangre le cuesta.  
 Ya divisan con las luces,  
 desde las altas almenas  
 los castillo y leones  
 y barras aragonesas.  
 Y aunque el rey de Portugal  
 honrar a Girón quisiera,  
 no hará poco en que el maestro  
 a Almagro con vida vuelva.  
 Ponte a caballo, señor;  
 que sólo con que te vean  
 se volverán a Castilla.



COMENDADOR: No prosigas; tente, espera.  
 Haz, Ortuño, que en la plaza  
 toquen luego una trompeta.  
 ¿Qué soldados tengo aquí?  
 ORTUÑO: Pienso que tienes cincuenta.  
 COMENDADOR: Pónganse a caballo todos.  
 CIMBRANOS: Si no caminas apriesa,  
 Ciudad Real es del rey.  
 COMENDADOR: No hayas miedo que lo sea.

***Vanse TODOS. Salen MENGO, LAURENCIA y PASCUALA,  
 huyendo***

PASCUALA: No te apartes de nosotras.  
 MENGO: Pues, ¿a qué tenéis temor?  
 LAURENCIA: Mengo, a la villa es mejor  
 que vamos unas con otras,  
 pues que no hay hombre ninguno,  
 porque no demos con él.  
 MENGO: ¡Que este demonio crüel  
 nos sea tan importuno!  
 LAURENCIA: No nos deja a sol ni a sombra.  
 MENGO: ¡Oh! Rayo del cielo baje  
 que sus locuras ataje.  
 LAURENCIA: Sangrienta fiera le nombra;  
 arsénico y pestilencia  
 del lugar.  
 MENGO: Hanme contado  
 que Frondoso, aquí en el prado,  
 para librarte, Laurencia,  
 le puso al pecho una jara.  
 LAURENCIA: Los hombres aborrecía,  
 Mengo; mas desde aquel día  
 los miro con otra cara.  
 ¡Gran valor tuvo Frondoso!  
 Pienso que le ha de costar  
 la vida.  
 MENGO: Que del lugar  
 se vaya, será forzoso.  
 LAURENCIA: Aunque ya le quiero bien,  
 eso mismo le aconsejo;  
 mas recibe mi consejo  
 con ira, rabia y desdén;  
 y jura el comendador  
 que le ha de colgar de un pie.  
 PASCUALA: ¡Mal garrotillo le dé!  
 MENGO: Mala pedrada es mejor!  
 ¡Voto al sol, si le tirara  
 con la que llevo al apero,  
 que al sonar el crujidero  
 al casco se la encajara!  
 No fue Sábalo, el romano,  
 tan vicioso por jamás.

LAURENCIA: Heliogábalo dirás,  
 más que una fiera inhumano.  
 MENGO: Pero Galván, o quien fue,  
 que yo no entiendo de historia;  
 mas su cativa memoria  
 vencida de éste se ve.  
 ¿Hay hombre en naturaleza  
 como Fernán Gómez?  
 PASCUALA: No;  
 que parece que le dio  
 de una tigre la aspereza.

**Sale JACINTA**

JACINTA: Dadme socorro, por Dios,  
 si la amistad os obliga.  
 LAURENCIA: ¿Qué es esto, Jacinta amiga?  
 PASCUALA: Tuyas lo somos las dos.  
 JACINTA: Del comendador criados,  
 que van a Ciudad Real,  
 más de infamia natural  
 que de noble acero armados,  
 me quieren llevar a él.  
 LAURENCIA: Pues, Jacinta, Dios te libre;  
 que cuando contigo es libre,  
 conmigo será crüel.

**Vase LAURENCIA**

PASCUALA: Jacinta, yo no soy hombre  
 que te pueda defender.

**Vase PASCUALA**

MENGO: Yo sí lo tengo de ser,  
 porque tengo el ser y el nombre.  
 Llégate, Jacinta, a mí.  
 JACINTA: ¿Tienes armas?  
 MENGO: Las primeras  
 del mundo.  
 JACINTA: ¡Oh, si las tuvieras!  
 MENGO: Piedras hay, Jacinta, aquí.

**Salen FLORES y ORTUÑO**

FLORES: ¿Por los pies pensabas irte?

JACINTA: ¡Mengo, muerta soy!

MENGO: Señores...

¿A estos pobres labradores?...

ORTUÑO: Pues, ¿tú quieres persuadirte a defender la mujer?

MENGO: Con los ruegos la defiendo; que soy su deudo y pretendo guardarla, si puede ser.

FLORES: Quitadle luego la vida.

MENGO: ¡Voto al sol, si me emberrincho, y el cáñamo me descincho, que la llevéis bien vendida!

**Salen el COMENDADOR y CIMBRANOS**

COMENDADOR: ¿Qué es eso? ¿A cosas tan viles me habéis de hacer apear?

FLORES: Gente de este vil lugar, que ya es razón que aniquiles, pues en nada te da gusto, a nuestras armas se atreve.

MENGO: Señor, si piedad os mueve de suceso tan injusto, castigad estos soldados, que con vuestro nombre agora roban una labradora a esposo y padres honrados; y dadme licencia a mí que se la pueda llevar.

COMENDADOR: Licencia les quiero dar... para vengarse de ti.

Suelta la honda.

MENGO: Señor!

COMENDADOR: Flores, Ortuño, Cimbranos, con ella le atad las manos.

MENGO: ¿Así volvéis por su honor?

COMENDADOR: ¿Qué piensan Fuenteovejuna y sus villanos de mí?

MENGO: Señor, ¿en qué os ofendí, ni el pueblo en cosa ninguna?

FLORES: ¿Ha de morir?

COMENDADOR: No ensuciéis las armas, que habéis de honrar en otro mejor lugar.

ORTUÑO: ¿Qué mandas?

COMENDADOR: Que lo azotéis.

Llevadle, y en ese roble le atad y le desnudad, y con las riendas...

MENGO: ¡Piedad!  
 ¡Piedad, pues sois hombre noble!  
 COMENDADOR: Azotadle hasta que salten  
 los hierros de las correas.  
 MENGO: ¡Cielos! ¿A hazañas tan feas  
 queréis que castigos falten?

***Vanse MENGO, FLORES y ORTUÑO***

COMENDADOR: Tú, villana, ¿por qué huyes?  
 ¿Es mejor un labrador  
 que un hombre de mi valor?  
 JACINTA: ¡Harto bien me restituyes  
 el honor que me han quitado  
 en llevarme para ti!  
 COMENDADOR: ¿En quererte llevar?  
 JACINTA: Sí;  
 porque tengo un padre honrado,  
 que si en alto nacimiento  
 no te iguala, en las costumbres  
 te vence.  
 COMENDADOR: Las pesadumbres  
 y el villano atrevimiento  
 no tiemplan bien un airado.  
 Tira por ahí.  
 JACINTA: ¿Con quién?  
 COMENDADOR: Conmigo.  
 JACINTA: Míralo bien.  
 COMENDADOR: Para tu mal lo he mirado.  
 Ya no mía, del bagaje  
 del ejército has de ser.  
 JACINTA: No tiene el mundo poder  
 para hacerme, viva, ultraje.  
 COMENDADOR: ¡Ea, villana, camina!  
 JACINTA: ¡Piedad, señor!  
 COMENDADOR: No hay piedad.  
 JACINTA: Apelo de tu crueldad  
 a la justicia divina.

***Llévanla y vanse. Salen LAURENCIA y FRONDOSO***

LAURENCIA: ¿Cómo así a venir te atreves,  
 sin temer tu daño.  
 FRONDOSO: Ha sido  
 dar testimonio cumplido  
 de la afición que me debes.  
 Desde aquel recuesto vi  
 salir al comendador,  
 y fiado en tu valor

todo mi temor perdí.  
 Vaya donde no le vean  
 volver.

LAURENCIA: Tente en maldecir,  
 porque suele más vivir  
 al que la muerte desean.

FRONDOSO: Si es eso, viva mil años,  
 y así se hará todo bien  
 pues deseándole bien,  
 estarán ciertos sus daños.

Laurencia, deseo saber  
 si vive en ti mi cuidado,  
 y si mi lealtad ha hallado  
 el puerto de merecer.

Mira que toda la villa  
 ya para en uno nos tiene;  
 y de cómo a ser no viene  
 la villa se maravilla.

Los desdeñosos extremos  
 deja, y responde "no" o "sí."

LAURENCIA: Pues a la villa y a ti  
 respondo que lo seremos.

FRONDOSO: Deja que tus plantas bese  
 Por la merced recibida,  
 pues el cobrar nueva vida  
 por ella es bien que confiese.

LAURENCIA: De cumplimientos acorta;  
 y para que mejor cuadre,  
 habla, Frondoso, a mi padre,  
 pues es lo que más importa,  
 que allí viene con mi tío;  
 y fía que ha de tener  
 ser, Frondoso, tu mujer  
 buen suceso.

FRONDOSO: En Dios confío.

***Escóndese LAURENCIA. Salen ESTEBAN,  
 alcalde, y el REGIDOR***

ESTEBAN: Fue su término de modo,  
 que la plaza alborotó.  
 En efecto, procedió  
 muy descomedido en todo.

No hay a quien admiración  
 sus demasías no den;  
 la pobre Jacinta es quien  
 pierde por su sinrazón.

REGIDOR: Ya a los católicos reyes,  
 que este nombre les dan ya,  
 presto España les dará  
 la obediencia de sus leyes.

Ya sobre Ciudad Real,  
 contra el Girón que la tiene,  
 Santiago a caballo viene  
 por capitán general.

Pésame; que era Jacinta  
 doncella de buena pro.

ESTEBAN: Luego a Mengo le azotó.

REGIDOR: No hay negra bayeta o tinta  
 como sus carnes están.

ESTEBAN: Callad; que me siento arder  
 viendo su mal proceder  
 y el mal nombre que le dan.  
 Yo, ¿para qué traigo aquí  
 este palo sin provecho?

REGIDOR: Si sus criados lo han hecho  
 ¿de qué os afligís así?

ESTEBAN: ¿Queréis más? Que me contaron  
 que a la de Pedro Redondo  
 un día, que en lo más hondo  
 de este valle la encontraron,  
 después de sus insolencias,  
 a sus criados la dio.

REGIDOR: Aquí hay gente. ¿Quién es?

FRONDOSO: Yo,  
 que espero vuestras licencias.

ESTEBAN: Para mi casa, Frondoso,  
 licencia no es menester;  
 debes a tu padre el ser  
 y a mí otro ser amoroso.  
 Hete criado, y te quiero  
 como a hijo.

FRONDOSO: Pues señor,  
 fiado en aque-se amor,  
 de ti una merced espero.  
 Ya sabes de quién soy hijo.

ESTEBAN: ¿Hate agraviado ese loco  
 de Fernán Gómez?

FRONDOSO: No poco.

ESTEBAN: El corazón me lo dijo.

FRONDOSO: Pues señor, con el seguro  
 del amor que habéis mostrado,  
 de Laurencia enamorado,  
 el ser su esposo procuro.  
 Perdona si en el pedir  
 mi lengua se ha adelantado;  
 que he sido en decirlo osado,  
 como otro lo ha de decir.

ESTEBAN: Vienes, Frondoso, a ocasión  
 que me alargarás la vida,  
 por la cosa más temida  
 que siente mi corazón.  
 Agradezco, hijo, al cielo  
 que así vuelvas por mi honor  
 y agrádzco a tu amor  
 la limpieza de tu celo.  
 Mas como es justo, es razón  
 dar cuenta a tu padre de esto,  
 sólo digo que estoy presto,  
 en sabiendo su intención;  
 que yo dichoso me hallo  
 en que aqueso llegue a ser.

REGIDOR: De la moza el parecer  
 tomad antes de acetallo.

ESTEBAN: No tengáis de eso cuidado,

que ya el caso está dispuesto.  
Antes de venir a esto,  
entre ellos se ha concertado.

En el dote, si advertís,  
se puede agora tratar;  
que por bien os pienso dar  
algunos maravedís.

FRONDOSO: Yo dote no he menester;  
de eso no hay que entristeceros.

REGIDOR: Pues que no la pide en cueros  
lo podéis agradecer.

ESTEBAN: Tomaré el parecer de ella;  
si os parece, será bien.

FRONDOSO: Justo es; que no hace bien  
quien los gustos atropella.

ESTEBAN: ¡Hija! ¡Laurencia!...

LAURENCIA: ¿Señor?

ESTEBAN: Mirad si digo bien yo.  
¡Ved qué presto respondió!  
Hija Laurencia, mi amor  
a preguntarte ha venido  
--apártate aquí-- si es bien  
que a Gila, tu amiga, den  
a Frondoso por marido,  
que es un honrado zagal,  
si le hay en Fuenteovejuna...

LAURENCIA: ¿Gila se casa?

ESTEBAN: Y si alguna  
le merece y es su igual...

LAURENCIA: Yo digo, señor, que sí.

ESTEBAN: Sí; mas yo digo que es fea  
y que harto mejor se emplea  
Frondoso, Laurencia en ti.

LAURENCIA: ¿Aún no se te han olvidado  
los donaires con la edad?

ESTEBAN: ¿Quiéresle tú?

LAURENCIA: Voluntad  
le he tenido y le he cobrado;  
pero por lo que tú sabes...

ESTEBAN: ¿Quieres tú que diga sí?

LAURENCIA: Dilo tú, señor, por mí.

ESTEBAN: ¿Yo? Pues tengo yo las llaves.  
Hecho está. Ven, buscaremos  
a mi compadre en la plaza.

REGIDOR: Vamos.

ESTEBAN: Hijo, y en la traza  
del dote, ¿qué le diremos?  
Que yo bien te puedo dar  
cuatro mil maravedís.

FRONDOSO: Señor, ¿eso me decís?  
Mi honor queréis agraviar.

ESTEBAN: Anda, hijo; que eso es  
cosa que pasa en un día;  
que si no hay dote, a fe mía,  
que se echa menos después.

**Vanse, y quedan FRONDOSO y LAURENCIA**

LAURENCIA: Di, Frondoso. ¿Estás contento?

FRONDOSO: ¡Cómo si lo estoy! ¡Es poco,  
 pues que no me vuelvo loco  
 de gozo, del bien que siento!  
 Risa vierte el corazón  
 por los ojos de alegría  
 viéndote, Laurencia mía,  
 en tan dulce posesión.

***Vanse. Salen el MAESTRE, el COMENDADOR, FLORES y ORTUÑO***

COMENDADOR: Huye, señor, que no hay otro remedio.

MAESTRE: La flaqueza del muro lo ha causado,  
 y el poderoso ejército enemigo.

COMENDADOR: Sangre les cuesta e infinitas vidas.

MAESTRE: Y no se alabarán que en sus despojos  
 pondrán nuestro pendón de Calatrava,  
 que a honrar su empresa y los demás bastaba.

COMENDADOR: Tus designios, Girón, quedan perdidos.

MAESTRE: ¿Qué puedo hacer, si la fortuna ciega  
 a quien hoy levantó, mañana humilla?

***Dentro***

VOCES: ¡Victoria por los reyes de Castilla!

MAESTRE: Ya coronan de luces las almenas,  
 y las ventanas de las torres altas  
 entoldan con pendones victoriosos.

COMENDADOR: Bien pudieran, de sangre que les cuesta.  
 A fe que es más tragedia que no fiesta.

MAESTRE: Yo vuelvo a Calatrava, Fernán Gómez.

COMENDADOR: Y yo a Fuenteovejuna, mientras tratas  
 o seguir esta parte de tus deudos,  
 o reducir la tuya al rey católico.

MAESTRE: Yo te diré por cartas lo que intento.

COMENDADOR: El tiempo ha de enseñarte.

MAESTRE: Ah, pocos años,  
 sujetos al rigor de sus engaños!

***Vanse. Sale la boda, MÚSICOS, MENGÓ,  
 FRONDOSO, LAURENCIA, PASCUALA, BARRILDO, ESTEBAN y alcalde JUAN  
 ROJO. Cantan***



MUSICOS: "¡Vivan muchos años  
los desposados!  
¡Vivan muchos años!"

MENGO: A fe que no os ha costado  
mucho trabajo el cantar.

BARRILDO: Supiéraslo tú trovar  
mejor que él está trovado.

FRONDOSO: Mejor entiende de azotes  
Mengo que de versos ya.

MENGO: Alguno en el valle está,  
para que no te alborotes,  
a quien el Comendador...

BARRILDO: No lo digas, por tu vida;  
que este bárbaro homicida  
a todos quita el honor.

MENGO: Que me azotasen a mí  
cien soldados aquel día...  
sola una honda tenía  
[y así una copla escribí;]  
pero que le hayan echado  
una melecina a un hombre,  
que aunque no diré su nombre  
todos saben que es honrado,  
llena de tinta y de chinas  
¿cómo se puede sufrir?

BARRILDO: Haríalo por reír.

MENGO: No hay risa con melecinas;  
que aunque es cosa saludable...  
yo me quiero morir luego.

FRONDOSO: Vaya la copla, te ruego,  
si es la copla razonable.

MENGO: "Vivan muchos años juntos  
los novios, ruego a los cielos,  
y por envidia ni celos  
ni riñan ni anden en puntos.  
Llevan a entrambos difuntos,  
de puro vivir cansados.  
¡Vivan muchos años!"

FRONDOSO: ¡Maldiga el cielo el poeta,  
que tal coplón arrojó!

BARRILDO: Fue muy presto.

MENGO: Pienso yo  
una cosa de esta seta.  
¿No habéis visto un buñolero  
en el aceite abrasando  
pedazos de masa echando  
hasta llenarse el caldero?  
¿Que unos le salen hinchados,  
otros tuertos y mal hechos,  
ya zurdos y ya derechos,  
ya fritos y ya quemados?  
Pues así imagino yo  
un poeta componiendo,

la materia previniendo,  
que es quien la masa le dio.

Va arrojando verso aprisa  
al caldero del papel,  
confiado en que la miel  
cubrirá la burla y risa.

Mas poniéndolo en el pecho,  
apenas hay quien los tome;  
tanto que sólo los come  
el mismo que los ha hecho.

BARRILDO: Déjate ya de locuras;  
deja los novios hablar.

LAURENCIA: Las manos nos da a besar.

JUAN ROJO: Hija, ¿mi mano procuras?

Pídela a tu padre luego  
para ti y para Frondoso.

ESTEBAN: Rojo, a ella y a su esposo  
que se la dé el cielo ruego,  
con su larga bendición.

FRONDOSO: Los dos a los dos la echad.

JUAN ROJO: Ea, tañed y cantad,  
pues que para en uno son.

### ***Cantan***

MUSICOS: "Al val de Fuenteovejuna  
la niña en cabellos baja;  
el caballero la sigue  
de la cruz de Calatrava.  
Entre las ramas se esconde,  
de vergonzosa y turbada;  
fingiendo que no le ha visto,  
pone delante las ramas.  
--¿Para qué te escondes,  
niña gallarda?  
Que mis linceos deseos  
paredes pasan.--  
Acercóse el caballero,  
y ella, confusa y turbada,  
hacer quiso celosías  
de las intrincadas ramas;  
mas como quien tiene amor  
los mares y las montañas  
atraviesa fácilmente,  
la dice tales palabras:  
--¿Para qué te escondes,  
niña gallarda?  
Que mis linceos deseos  
paredes pasan--."

***Sale el COMENDADOR, FLORES, ORTUÑO y  
CIMBRANOS***

COMENDADOR: Estése la boda queda  
y no se alborote nadie.

JUAN ROJO: No es juego aqueste, señor,  
y basta que tú lo mandes.  
¿Quieres lugar? ¿Cómo vienes  
con tu belicoso alarde?  
¿Venciste? Mas, ¿qué pregunto?

FRONDOSO: ¡Muerto soy! ¡Cielos, libradme!

LAURENCIA: Huye por aquí, Frondoso.

COMENDADOR: Eso no; prendedle, atadle.

JUAN ROJO: Date, muchacho, a prisión.

FRONDOSO: Pues ¿quieres tú que me maten?

JUAN ROJO: ¿Por qué?

COMENDADOR: No soy hombre yo  
que mato sin culpa a nadie;  
que si lo fuera, le hubieran  
pasado de parte a parte  
esos soldados que traigo.  
Llevarlo mando a la cárcel,  
donde la culpa que tiene  
sentencie su mismo padre.

PASCUALA: Señor, mirad que se casa.

COMENDADOR: ¿Qué me obliga que se case?  
¿No hay otra gente en el pueblo?

PASCUALA: Si os ofendió, perdonadle,  
por ser vos quien sois.

COMENDADOR: No es cosa,  
Pascuala, en que yo soy parte.  
Es esto contra el maestro  
Téllez Girón, que Dios guarde;  
es contra toda su orden,  
es su honor, y es importante  
para el ejemplo, el castigo;  
que habrá otro día quien trate  
de alzar pendón contra él,  
pues ya sabéis que una tarde  
al comendador mayor,  
--¡qué vasallos tan leales!--  
puso una ballesta al pecho.

ESTEBAN: Supuesto que el disculparle  
ya puede tocar a un suegro,  
no es mucho que en causas tales  
se descomponga con vos  
un hombre, en efecto, amante;  
porque si vos pretendéis  
su propia mujer quitarle,  
¿qué mucho que la defienda?

COMENDADOR: Majadero sois, alcalde.

ESTEBAN: Por vuestra virtud, señor,...

COMENDADOR: Nunca yo quise quitarle  
su mujer, pues no lo era.

ESTEBAN: Sí quisistes... Y esto baste;  
que reyes hay en Castilla,  
que nuevas órdenes hacen,  
con que desórdenes quitan.  
Y harán mal, cuando descansen  
de las guerras, en sufrir

en sus villas y lugares  
 a hombres tan poderosos  
 por traer cruces tan grandes;  
 póngasela el rey al pecho,  
 que para pechos reales  
 es esa insignia y no más.

COMENDADOR: ¡Hola!, la vara quitadle.

ESTEBAN: Tomad, señor, norabuena.

COMENDADOR: Pues con ella quiero darle  
 como a caballo brío.

ESTEBAN: Por señor os sufro. Dadme.

PASCUALA: ¿A un viejo de palos das?

LAURENCIA: Si le das porque es mi padre,  
 ¿qué vengas en él de mí?

COMENDADOR: Llevadla, y haced que guarden  
 su persona diez soldados.

**Vase el COMENDADOR y los suyos**

ESTEBAN: Justicia del cielo baje.

**Vase**

PASCUALA: Volvióse en luto la boda.

**Vase**

BARRILDO: ¿No hay aquí un hombre que hable?

MENGO: Yo tengo ya mis azotes,  
 que aún se ven los cardenales  
 sin que un hombre vaya a Roma.  
 Prueben otros a enojarle.

JUAN ROJO: hablemos todos.

MENGO: Señores,  
 aquí todo el mundo calle.  
 Como ruedas de salmón  
 me puso los atabales.

**FIN DEL ACTO SEGUNDO**

**ACTO TERCERO**

**Salen ESTEBAN, ALONSO y BARRILDO**

ESTEBAN:       ¿No han venido a la junta?  
 BARRILDO:       No han venido.  
 ESTEBAN:       Pues más a prisa nuestro daño corre.  
 BARRILDO:       Ya está lo más del pueblo prevenido.  
 ESTEBAN:       Fronoso con prisiones en la torre,  
                   y mi hija Laurencia en tanto aprieto,  
                   si la piedad de Dios no los socorre...

**Salen JUAN ROJO y el REGIDOR**

JUAN ROJO:      ¿De qué dais voces, cuando importa tanto  
                   a nuestro bien, Esteban, el secreto?  
 ESTEBAN:       Que doy tan pocas es mayor espanto.

**Sale MENGÓ**

MENGÓ:         También vengo yo a hallarme en esta junta.  
 ESTEBAN:       Un hombre cuyas canas baña el llanto,  
                   labradores honrados, os pregunta,  
                   ¿qué obsequias debe hacer toda esa gente  
                   a su patria sin honra, ya perdida?  
                   Y si se llaman honras justamente,  
                   ¿cómo se harán, si no hay entre nosotros  
                   hombre a quien este bárbaro no afrente?  
                   Respondedme: ¿Hay alguno de vosotros  
                   que no esté lastimado en honra y vida?  
                   ¿No os lamentáis los unos de los otros?  
                   Pues si ya la tenéis todos perdida,  
                   ¿a qué aguardáis? ¿Qué desventura es ésta?  
 JUAN ROJO:      La mayor que en el mundo fue sufrida.  
                   Mas pues ya se publica y manifiesta  
                   que en paz tienen los reyes a Castilla  
                   y su venida a Córdoba se apresta,  
                   vayan dos regidores a la villa

y echándose a sus pies pidan remedio.  
 BARRILDO: En tanto que Fernando, aquél que humilla  
 a tantos enemigos, otro medio  
 será mejor, pues no podrá, ocupado  
 hacernos bien, con tanta guerra en medio.  
 REGIDOR: Si mi voto de vos fuera escuchado,  
 desamparar la villa doy por voto.  
 JUAN ROJO: ¿Cómo es posible en tiempo limitado?  
 MENGÓ: A la fe, que si entiende el alboroto,  
 que ha de costar la junta alguna vida.  
 REGIDOR: Ya, todo el árbol de paciencia roto,  
 corre la nave de temor perdida.  
 La hija quitan con tan gran fiereza  
 a un hombre honrado, de quien es regida  
 la patria en que vivís, y en la cabeza  
 la vara quiebran tan injustamente.  
 ¿Qué esclavo se trató con más bajeza?  
 JUAN ROJO: ¿Qué es lo que quieres tú que el pueblo intente?  
 REGIDOR: Morir, o dar la muerte a los tiranos,  
 pues somos muchos, y ellos poca gente.  
 BARRILDO: ¡Contra el señor las armas en las manos!  
 ESTEBAN: El rey sólo es señor después del cielo,  
 y no bárbaros hombres inhumanos.  
 Si Dios ayuda nuestro justo celo,  
 ¿qué nos ha de costar?  
 MENGÓ: Mirad, señores,  
 que vais en estas cosas con recelo.  
 Puesto que por los simples labradores  
 estoy aquí que más injurias pasan,  
 más cuerdo represento sus temores.  
 JUAN ROJO: Si nuestras desventuras se compasan,  
 para perder las vidas, ¿qué aguardamos?  
 Las casas y las viñas nos abrasan,  
 ¡tiranos son! ¡A la venganza vamos!

**Sale LAURENCIA, desmelenada**

LAURENCIA: Dejadme entrar, que bien puedo,  
 en consejo de los hombres;  
 que bien puede una mujer,  
 si no a dar voto, a dar voces.  
 ¿Conocéisme?  
 ESTEBAN: ¡Santo cielo!  
 ¿No es mi hija?  
 JUAN ROJO: ¿No conoces  
 a Laurencia?  
 LAURENCIA: Vengo tal,  
 que mi diferencia os pone  
 en contingencia quién soy.  
 ESTEBAN: ¡Hija mía!  
 LAURENCIA: No me nombres  
 tu hija.  
 ESTEBAN: ¿Por qué, mis ojos?  
 ¿Por qué?  
 LAURENCIA: Por muchas razones,

y sean las principales:  
 porque dejas que me roben  
 tiranos sin que me vengues,  
 traidores sin que me cobres.  
 Aún no era yo de Frondoso,  
 para que digas que tome,  
 como marido, venganza;  
 que aquí por tu cuenta corre;  
 que en tanto que de las bodas  
 no haya llegado la noche,  
 del padre, y no del marido,  
 la obligación presupone;  
 que en tanto que no me entregan  
 una joya, aunque la compren,  
 no ha de correr por mi cuenta  
 las guardas ni los ladrones.  
 Llévome de vuestros ojos  
 a su casa Fernán Gómez;  
 la oveja al lobo dejáis  
 como cobardes pastores.  
 ¿Qué dagas no vi en mi pecho?  
 ¿Qué desatinos enormes,  
 qué palabras, qué amenazas,  
 y qué delitos atroces,  
 por rendir mi castidad  
 a sus apetitos torpes?  
 Mis cabellos ¿no lo dicen?  
 ¿No se ven aquí los golpes  
 de la sangre y las señales?  
 ¿Vosotros sois hombres nobles?  
 ¿Vosotros padres y deudos?  
 ¿Vosotros, que no se os rompen  
 las entrañas de dolor,  
 de verme en tantos dolores?  
 Ovejas sois, bien lo dice  
 de Fuenteovejuna el hombre.  
 Dadme unas armas a mí  
 pues sois piedras, pues sois tigres...  
 --Tigres no, porque feroces  
 siguen quien roba sus hijos,  
 matando los cazadores  
 antes que entren por el mar  
 y pos sus ondas se arrojen.  
 Liebres cobardes nacistes;  
 bárbaros sois, no españoles.  
 Gallinas, ¡vuestras mujeres  
 sufrís que otros hombres gocen!  
 Poneos ruelas en la cinta.  
 ¿Para qué os ceñís estoques?  
 ¡Vive Dios, que he de trazar  
 que solas mujeres cobren  
 la honra de estos tiranos,  
 la sangre de estos traidores,  
 y que os han de tirar piedras,  
 hilanderas, maricones,  
 amujerados, cobardes,  
 y que mañana os adornen  
 nuestras tocas y basquiñas,  
 solimanes y colores!  
 A Frondoso quiere ya,

sin sentencia, sin pregones,  
colgar el comendador  
del almena de una torre;  
de todos hará lo mismo;  
y yo me huelgo, medio-hombres,  
por que quede sin mujeres  
esta villa honrada, y torne  
aquel siglo de amazonas,  
eterno espanto del orbe.

ESTEBAN: Yo, hija, no soy de aquellos  
que permiten que los nombres  
con esos títulos viles.  
Iré solo, si se pone  
todo el mundo contra mí.

JUAN ROJO: Y yo, por más que me asombre  
la grandeza del contrario.

REGIDOR: ¡Muramos todos!

BARRILDO: Descoge  
un lienzo al viento en un palo,  
y mueran estos enormes.

JUAN ROJO: ¿Qué orden pensáis tener?

MENGO: Ir a matarle sin orden.  
Juntad el pueblo a una voz;  
que todos están conformes  
en que los tiranos mueran.

ESTEBAN: Tomad espadas, lanzones,  
ballestas, chuzos y palos.

MENGO: ¡Los reyes nuestros señores  
vivan!

TODOS: ¡Vivan muchos años!

MENGO: ¡Mueran tiranos traidores!

TODOS: ¡Tiranos traidores, mueran!

### ***Vanse todos***

LAURENCIA: Caminad, que el cielo os oye.  
¡Ah, mujeres de la villa!  
¡Acudid, por que se cobre  
vuestro honor, acudid, todas!

### ***Salen PASCUALA, JACINTA y otras mujeres***

PASCUALA: ¿Qué es esto? ¿De qué das voces?

LAURENCIA: ¿No veis cómo todos van  
a matar a Fernán Gómez,  
y nombres, mozos y muchachos  
furiosos al hecho corren?  
¿Será bien que solos ellos  
de esta hazaña el honor gocen?  
Pues no son de las mujeres



sus agravios los menores.  
 JACINTA: Di, pues, ¿qué es lo que pretendes?  
 LAURENCIA: Que puestas todas en orden,  
 acometamos a un hecho  
 que dé espanto a todo el orbe.  
 Jacinta, tu grande agravio,  
 que sea cabo; responde  
 de una escuadra de mujeres.  
 JACINTA: No son los tuyos menores.  
 LAURENCIA: Pascuala, alférez serás.  
 PASCUALA: Pues déjame que enarbole  
 en un asta la bandera.  
 Verás si merezco el nombre.  
 LAURENCIA: No hay espacio para eso,  
 pues la dicha nos socorre.  
 Bien nos basta que llevemos  
 nuestras tocas por pendones.  
 PASCUALA: Nombremos un capitán.  
 LAURENCIA: Eso no.  
 PASCUALA: ¿Por qué?  
 LAURENCIA: Que adonde  
 asiste mi gran valor  
 no hay Cides ni Rodamontes.

***Vanse todas. Sale FRONDOSO, atadas las manos,  
 FLORES, ORTUÑO, CIMBRANOS y el COMENDADOR***

COMENDADOR: De ese cordel que de las manos sobra  
 quiero que le colguéis, por mayor pena.  
 FRONDOSO: ¡Qué nombre, gran señor, tu sangre cobra!  
 COMENDADOR: Colgadle luego en la primera almena.  
 FRONDOSO: Nunca fue mi intención poner por obra  
 tu muerte entonces.  
 FLORES: Grande ruido suena.

***Ruido suene dentro***

COMENDADOR: ¿Ruido?  
 FLORES: Y de manera que interrompen  
 tu justicia, señor.  
 ORTUÑO: Las puertas rompen.

***Ruido***

COMENDADOR: ¡La puerta de mi casa, y siendo casa

de la encomienda!  
 FLORES: El pueblo junto viene.

**Dentro**

JUAN ROJO: ¡Rompe, derriba, hunde, quema, abrasa!  
 ORTUNO: Un popular motín mal se detiene.  
 COMENDADOR: ¿El pueblo contra mí?  
 FLORES: La furia: pasa  
 tan adelante, que las puertas tiene  
 echadas por la tierra.  
 COMENDADOR: Desatalde.  
 Templa, Frondoso, ese villano alcalde.  
 FRONDOSO: Yo voy, señor; que amor les ha movido.

**Vase FRONDOSO. Dentro**

MENGO: ¡Vivan Fernando e Isabel, y mueran  
 los traidores!  
 FLORES: Señor, por Dios te pido  
 que no te hallen aquí.  
 COMENDADOR: Se perseveran,  
 este aposento es fuerte y defendido.  
 Ellos se volverán.  
 FLORES: Cuando se alteran  
 los pueblos agraviados, y resuelven,  
 nunca sin sangre o sin venganza vuelven.  
 COMENDADOR: En esta puerta, así como rastrillo  
 su furor con las armas defendamos.

**Dentro**

FRONDOSO: ¡Viva Fuenteovejuna!  
 COMENDADOR: ¡Qué caudillo!  
 Estoy por que a su furia acometamos.  
 FLORES: De la tuya, señor, me maravillo.  
 ESTEBAN: Ya el tirano y los cómplices miramos.  
 ¡Fuenteovejuna, y los tiranos mueran!

**Salen todos**

COMENDADOR: Pueblo, esperad.  
 TODOS: Agravios nunca esperan.  
 COMENDADOR: Decídmelos a mí, que iré pagando  
 a fe de caballero esos errores.  
 TODOS: ¡Fuenteovejuna! ¡Viva el rey Fernando!  
 ¡Mueran malos cristianos y traidores!  
 COMENDADOR: ¿No me queréis oír? Yo estoy hablando,  
 yo soy vuestro señor.  
 TODOS: Nuestros señores  
 son los reyes católicos.  
 COMENDADOR: Espera.  
 TODOS: ¡Fuenteovejuna, y Fernán Gómez muera!

***Vanse y salen las mujeres armadas***

LAURENCIA: Parad en este puesto de esperanzas,  
 soldados atrevidos, no mujeres.  
 PASCUALA: ¿Los que mujeres son en las venganzas,  
 en él beban su sangre, es bien que esperes?  
 JACINTA: Su cuerpo recojamos en las lanzas.  
 PASCUALA: Todas son de esos mismos pareceres.

***Dentro***

ESTEBAN: ¡Muere, traidor comendador!

***Dentro***

COMENDADOR: Ya muero.  
 ¡Piedad, Señor, que en tu clemencia espero!

***Dentro***

BARRILDO: Aquí está Flores.

***Dentro***

MENGO: Dale a ese bellaco;  
que ése fue el que me dio dos mil azotes.

***Dentro***

FRONDOSO: No me vengo si el alma no le saco.  
LAURENCIA: No excusamos entrar.  
PASCUALA: No te alborotes.  
Bien es guardar la puerta.

***Dentro***

BARRILDO: No me aplaco.  
¿Con lágrimas agora, marquesotes?  
LAURENCIA: Pascuala, yo entro dentro; que la espada  
no ha de estar tan sujeta ni envainada.

***Vase LAURENCIA. Dentro***

BARRILDO: Aquí está Ortuño.

***Dentro***

FRONDOSO: Córtale la cara.

***Sale FLORES huyendo, y MENGO tras él***

FLORES: ¡Mengo, piedad, que no soy yo el culpado!  
MENGO: Cuando ser alcahuete no bastara,  
bastaba haberme el pícaro azotado.  
PASCUALA: Dánoslo a las mujeres, Mengo, para...  
Acaba, por tu vida.

MENGO: Ya está dado;  
que no le quiero yo mayor castigo.  
PASCUALA: Vengaré tus azotes.  
MENGO: Eso digo.  
JACINTA: ¡Ea, muera el traidor!  
FLORES: ¿Entre mujeres?  
JACINTA: ¿No le viene muy ancho?  
PASCUALA: ¿Aqueso lloras?  
JACINTA: Muere, concertador de sus placeres.  
LAURENCIA: ¡Ea, muera el traidor!  
FLORES: ¡Piedad, señoras!

***Sale ORTUÑO huyendo de LAURENCIA***

ORTUÑO: Mira que no soy yo...  
LAURENCIA: Ya sé quién eres.  
Entrad, teñid las armas vencedoras  
en estos viles.  
PASCUALA: Moriré matando.  
TODAS: ¡Fuenteovejuna, y viva el rey Fernando!

***Vanse. Salen el REY don Fernando y la reina ISABEL, y don MANRIQUE, maestro***

MANRIQUE: De modo la prevención  
fue, que el efeto esperado  
llegamos a ver logrado  
con poca contradicción.  
Hubo poca resistencia;  
y supuesto que la hubiera  
sin duda ninguna fuera  
de poca o ninguna esencia.  
Queda el de Cabra ocupado  
en conservación del puesto,  
por si volviere dispuesto  
a él el contrario osado.  
REY: Discreto el acuerdo fue,  
y que asista en conveniente,  
y reformando la gente,  
el paso tomado esté.  
Que con eso se asegura  
no poder hacernos mal  
Alfonso, que en Portugal  
tomar la fuerza procura.  
Y si de Cabra es bien que esté  
en ese sitio asistente,  
y como tan diligente  
muestras de su valor dé;  
porque con esto asegura  
el daño que nos recela,

y como fiel centinela  
el bien del reino procura.

**Sale FLORES, herido**

FLORES:        Católico rey Fernando,  
                  a quien el cielo concede  
                  la corona de Castilla,  
                  como a varón excelente:  
                  oye la mayor crueldad  
                  que se ha visto entre las gentes  
                  desde donde nace el sol  
                  hasta donde se oscurece.

REY:            Repórtate.

FLORES:        Rey supremo,  
                  mis heridas no consienten  
                  dilatarse el triste caso,  
                  por ser mi vida tan breve.  
                  De Fuenteovejuna vengo,  
                  donde, con pecho inclemente,  
                  los vecinos de la villa  
                  a su señor dieron muerte,  
                  Muerto Fernán Gómez queda  
                  por sus súbditos aleves;  
                  que vasallos indignados  
                  con leve cause se atreven.  
                  En título de tirano  
                  le acumula todo el plebe,  
                  y a la fuerza de esta voz  
                  el hecho fiero acometen;  
                  y quebrantando su casa,  
                  no atendiendo a que se ofrece  
                  por la fe de caballero  
                  a que pagará a quien debe,  
                  no sólo no le escucharon,  
                  pero con furia impaciente  
                  rompen el cruzado pecho  
                  con mil heridas crüeles,  
                  y por las altas ventanas  
                  le hacen que al suelo vuele,  
                  adonde en picas y espadas  
                  le recogen las mujeres.  
                  Llévanle a una casa muerta  
                  y a porfía, quien más puede  
                  mesa su barba u cabello  
                  y apriesa su rostro hieren.  
                  En efecto fue la furia  
                  tan grande que en ellos crece,  
                  que las mayores tajadas  
                  las orejas a ser vienen.  
                  Sus armas borran con picas  
                  y a voces dicen que quieren  
                  tus reales armas fijar,  
                  porque aquéllas le ofenden.  
                  Saqueáronle la casa,

cual si de enemigos fuese,  
 y gozosos entre todos  
 han repartido sus bienes.  
 Lo dicho he visto escondido,  
 porque mi infelice suerte  
 en tal trance no permite  
 que mi vida se perdiese;  
 y así estuve todo el día  
 hasta que la noche viene,  
 y salir pude escondido  
 para que cuenta te diese.  
 Haz, señor, pues eres justo  
 que la justa pena lleven  
 de tan riguroso caso  
 los bárbaros delincuentes;  
 mira que su sangre a voces  
 pide que tu rigor prueben.

REY:       Estar puedes confiado  
 que sin castigo no queden.  
 El triste suceso ha sido  
 tal, que admirado me tiene,  
 y que vaya luego un juez  
 que lo averigüe conviene  
 y castigue los culpados  
 para ejemplo de las gentes.  
 Vaya un capitán con él  
 por que seguridad lleve;  
 que tan grande atrevimiento  
 castigo ejemplar requiere;  
 y curad a ese soldado  
 de las heridas que tiene.

***Vanse todos. Salen los labradores y las labradoras  
 con la cabeza de FERNÁN GÓMEZ en una lanza.  
 Cantan***

MUSICOS:    "¡Muchos años vivan  
 Isabel y Fernando,  
 y mueran los tiranos!"

BARRILDO:    Diga su copla Frondoso.  
 FRONDOSO:    Ya va mi copla, a la fe;  
 si le faltare algún pie,  
 enmiéndelos el más curioso.

          "¡Vivan la bella Isabel,  
           y Fernando de Aragón,  
 pues que para en uno son,  
 él con ella, ella con él!  
 A los cielos San Miguel  
 lleve a los dos de las manos.  
 ¡Vivan muchos años,

y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga Barrildo.  
 BARRILDO: Ya va;  
 que a fe que la he pensado.  
 PASCUALA: Si la dices con cuidado,  
 buena y rebuena será.

BARRILDO: "¡Vivan los reyes famosos  
 muchos años, pues que tienen  
 la victoria, y a ser vienen  
 nuestros dueños venturosos!  
 Salgan siempre victoriosos  
 de gigantes y de enanos  
 y ¡mueran los tiranos!"

### ***Cantan***

MUSICOS: "Muchos años vivan  
 Isabel y Fernando,  
 y mueran los tiranos!"

LAURENCIA: Diga Mengo.  
 FRONDOSO: Mengo diga.  
 MENGO: Yo soy poeta donado.  
 PASCUALA: Mejor dirás lastimado  
 el envés de la barriga.

MENGO: "Una mañana en domingo  
 me mandó azotar aquél,  
 de manera que el rabel  
 daba espantoso respingo;  
 pero agora que los pringo  
 ¡vivan los reyes cristiánigos,  
 y mueran los tiránigos!"

MUSICOS: "¡Vivan muchos años!  
 Isabel y Fernando,  
 y mueran los tiranos!"

ESTEBAN: Quitá la cabeza allá.  
 MENGO: Cara tiene de ahorcado.

***Saca un escudo JUAN ROJO con las armas reales***



REGIDOR: Ya las armas han llegado  
 ESTEBAN: Mostrad las armas acá.  
 JUAN ROJO: ¿Adónde se han de poner?  
 REGIDOR: Aquí, en el ayuntamiento.  
 ESTEBAN: ¡Bravo escudo!  
 BARRILDO: ¡Qué contento!  
 FRONDOSO: Ya comienza a amanecer,  
 con este sol, nuestro día.  
 ESTEBAN: ¡Vivan Castilla y León,  
 y las barras de Aragón,  
 y muera la tiranía!  
 Advertid, Fuenteovejuna,  
 a las palabras de un viejo;  
 que el admitir su consejo  
 no ha dañado vez ninguna.  
 Los reyes han de querer  
 averiguar este caso,  
 y más tan cerca del paso  
 y jornada que han de hacer.  
 Concertaos todos a una  
 en lo que habéis de decir.  
 FRONDOSO: ¿Qué es tu consejo?  
 ESTEBAN: Morir  
 diciendo "Fuenteovejuna,"  
 y a nadie saquen de aquí.  
 FRONDOSO: Es el camino derecho.  
 Fuenteovejuna lo ha hecho.  
 ESTEBAN: ¿Queréis responder así?  
 TODOS: Sí.  
 ESTEBAN: Agora pues, yo quiero ser  
 agora el pesquisidor,  
 para ensayarnos mejor  
 en lo que habemos de hacer.  
 Sea Mengo el que esté puesto  
 en el tormento.  
 MENGO: ¿No hallaste  
 otro más flaco?  
 ESTEBAN: ¿Pensaste  
 que era de veras?  
 MENGO: Di presto.  
 ESTEBAN: ¿Quién mató al comendador?  
 MENGO: Fuenteovejuna lo hizo.  
 ESTEBAN: Perro, ¿si te martirizo?  
 MENGO: Aunque me matéis, señor.  
 ESTEBAN: Confiesa, ladrón.  
 MENGO: Confieso.  
 ESTEBAN: Pues, ¿quién fue?  
 MENGO: Fuenteovejuna.  
 ESTEBAN: Dadle otra vuelta.  
 MENGO: ¡Es ninguna!  
 ESTEBAN: ¡Cagajón para el proceso!

**Sale el REGIDOR**

REGIDOR: ¿Qué hacéis de esta suerte aquí?  
FRONDOSO: ¿Qué ha sucedido, Cuadrado?  
REGIDOR: Pesquisidor ha llegado.  
ESTEBAN: Echad todos por ahí.  
REGIDOR: Con él viene un capitán.  
ESTEBAN: ¡Venga el diablo! Ya sabéis  
lo que responder tenéis.  
REGIDOR: El pueblo prendiendo van,  
sin dejar alma ninguna.  
ESTEBAN: Que no hay que tener temor.  
¿Quién mató al comendador,  
Mengo?  
MENGO: ¿Quién? Fuenteovejuna.

***Vanse. Salen el MAESTRE y un SOLDADO***

MAESTRE: ¡Que tal caso ha sucedido!  
Infelice fue su suerte.  
Estoy por darte la muerte  
por la nueva que has traído.  
SOLDADO: Yo, señor, soy mensajero,  
y enojarte no es mi intento.  
MAESTRE: ¡Que a tal tuvo atrevimiento  
un pueblo enojado y fiero!  
Iré con quinientos hombres  
y la villa he de asolar;  
en ella no ha de quedar  
ni aun memoria de los nombres.  
SOLDADO: Señor, tu enojo reporta;  
porque ellos al rey se han dado,  
y no tener enojado  
al rey es lo que te importa.  
MAESTRE: ¿Cómo al rey se pueden dar,  
si de la encomienda son?  
SOLDADO: Con él, sobre esa razón,  
podrás luego pleitear.  
MAESTRE: Por pleito, ¿cuándo salió  
lo que él le entregó en sus manos?  
Son señores soberanos,  
y tal reconozco yo.  
Por saber que al rey se han dado  
se reportará mi enojo,  
y ver su presencia escojo  
por lo más bien acertado;  
que puesto que tenga culpa  
en casos de gravedad,  
en todo mi poca edad  
viene a ser quien me disculpa.  
Con vergüenza voy; mas es  
honor quien puede obligarme,  
e importa no descuidarme  
en tan honrado interés.

**Vanse. Sale LAURENCIA sola**

LAURENCIA: Amando, recelar daño en lo amado  
 nueva pena de amor se considera;  
 que quien en lo que ama daño espera  
 aumenta en el temor nuevo cuidado.  
 El firme pensamiento desvelado,  
 si le aflige el temor, fácil se altera;  
 que no es a firme fe pena ligera  
 ver llevar el temor el bien robado.  
 Mi esposo adoro; la ocasión que veo  
 al temor de su daño me condena,  
 si no le ayuda la felice suerte.  
 Al bien suyo se inclina mi deseo:  
 si está presenta, está cierta mi pena;  
 si está en ausencia, está cierta mi muerte.

**Sale FRONDOSO**

FRONDOSO: ¡Mi Laurencia!  
 LAURENCIA: ¡Esposo amado!  
 ¿Cómo a estar aquí te atreves?  
 FRONDOSO: Esas resistencias debes  
 a mi amoroso cuidado.  
 LAURENCIA: Mi bien, procura guardarte,  
 porque tu daño recelo.  
 FRONDOSO: No quiera, Laurencia, el cielo  
 que tal llegue a disgustarte.  
 LAURENCIA: ¿No temes ver el rigor  
 que por los demás sucede,  
 y el furor con que procede  
 a questo pesquisidor?  
 Procura guardar la vida.  
 Huye, tu daño no esperes.  
 FRONDOSO: ¿Cómo que procure quieres  
 cosa tan mal recibida?  
 ¿Es bien que los demás deje  
 en el peligro presente  
 y de tu vista me ausente?  
 No me mandes que me aleje;  
 porque no es puesto en razón  
 que por evitar mi daño  
 sea con mi sangre extraño  
 en tan terrible ocasión.

**Voces dentro**

Voces parece que he oído,  
y son, si yo mal no siento,  
de alguno que dan tormento.  
Oye con atento oído.

**Dice dentro el JUEZ y responden**

JUEZ: Decid la verdad, buen viejo.  
FRONDOSO: Un viejo, Laurencia mía,  
atormentan.  
LAURENCIA: ¡Qué porfía!  
ESTEBAN: Déjenme un poco.  
JUEZ: Ya os dejo.  
Decid: ¿quién mató a Fernando?  
ESTEBAN: Fuenteovejuna lo hizo.  
LAURENCIA: Tu nombre, padre, eternizo;  
[a todos vas animando].  
FRONDOSO: ¡Bravo caso!  
JUEZ: Ese muchacho  
aprieta. Perro, yo sé  
que lo sabes. Di quién fue.  
¿Callas? Aprieta, borracho.  
NIÑO: Fuenteovejuna, señor.  
JUEZ: ¡Por vida del rey, villanos,  
que os ahorque con mis manos!  
¿Quién mató al comendador?  
FRONDOSO: ¡Que a un niño le den tormento  
y niegue de aquesta suerte!  
LAURENCIA: ¡Bravo pueblo!  
FRONDOSO: Bravo y fuerte.  
JUEZ: Esa mujer al momento  
en ese potro tened.  
Dale esa mancuera luego.  
LAURENCIA: Ya está de cólera ciego.  
JUEZ: Que os he de matar, creed,  
en este potro, villanos.  
¿Quién mató al comendador?  
PASCUALA: Fuenteovejuna, señor.  
JUEZ: ¡Dale!  
FRONDOSO: Pensamientos vanos.  
LAURENCIA: Pascuala niega, Frondoso.  
FRONDOSO: Niegan niños. ¿Qué te espanta?  
JUEZ: Parece que los encantas.  
¡Aprieta!  
PASCUALA: ¡Ay, cielo piadoso!  
JUEZ: ¡Aprieta, infame! ¿Estás sordo?  
PASCUALA: Fuenteovejuna lo hizo.  
JUEZ: Traedme aquel más rollizo,  
ese desnudo, ese gordo.  
LAURENCIA: ¡Pobre Mengo! Él es, sin duda.  
FRONDOSO: Temo que ha de confesar.  
MENGO: ¡Ay, ay!  
JUEZ: Comenza a apretar.  
MENGO: ¡Ay!  
JUEZ: ¿Es menester ayuda?

MENGO: ¡Ay, ay!  
 JUEZ: ¿Quién mató, villano,  
 al señor comendador?  
 MENGO: ¡Ay, yo lo diré, señor!  
 JUEZ: Afloja un poco la mano.  
 FRONDOSO: Él confiesa.  
 JUEZ: Al palo aplica  
 la espalda.  
 MENGO: Quedo; que yo  
 lo diré.  
 JUEZ: ¿Quién lo mató?  
 MENGO: Señor, ¡Fuenteovejuna!  
 JUEZ: ¿Hay tan gran bellaquería?  
 Del dolor se están burlando.  
 En quien estaba esperando,  
 niego con mayor porfía.  
 Dejadlos; que estoy cansado.  
 FRONDOSO: ¡Oh, Mengo, bien te haga Dios!  
 Temor que tuve de dos,  
 el tuyo me le ha quitado.

**Salen con MENGO, BARRILDO y el REGIDOR**

BARRILDO: ¡Víctor, Mengo!  
 REGIDOR: ¡Y con razón!  
 BARRILDO: ¡Mengo, Víctor!  
 FRONDOSO: Eso digo.  
 MENGO: ¡Ay, ay!  
 BARRILDO: Toma, bebe, amigo.  
 Come.  
 MENGO: ¡Ay, ay! ¿Qué es?  
 BARRILDO: Diacitrón.  
 MENGO: ¡Ay, ay!  
 FRONDOSO: Echa de beber.  
 BARRILDO: [Es lo mejor que hay]. ¡Ya va!  
 FRONDOSO: Bien lo cielo. Bueno está.  
 LAURENCIA: Dale otra vez de comer.  
 MENGO: ¡Ay, ay!  
 BARRILDO: Ésta va por mí.  
 LAURENCIA: Solemnemente lo embebe.  
 FRONDOSO: El que bien niega, bien bebe.  
 REGIDOR: ¿Quieres otra?  
 MENGO: ¡Ay, ay!! ¡Sí, sí!  
 FRONDOSO: Bebe; que bien lo mereces.  
 LAURENCIA: ¡A vez por vuelta las cuela!  
 FRONDOSO: Arrópale, que se hiela.  
 BARRILDO: ¿Quieres más?  
 MENGO: Sí, otras tres veces.  
 ¡Ay, ay!  
 FRONDOSO: Si hay vino pregunta.  
 BARRILDO: Sí, hay. Bebe a tu placer;  
 que quien niega ha de beber.  
 ¿Qué tiene?  
 MENGO: Una cierta punta.  
 Vamos; que me aromadizo.

FRONDOSO: Que beba, que éste es mejor.  
 ¿Quién mató al comendador?  
 MENGO: Fuenteovejuna lo hizo.

***Vanse MENGO, BARRILDO, y el REGIDOR***

FRONDOSO: Justo es que honores le den.  
 Pero decidme, mi amor,  
 ¿quién mató al comendador?  
 LAURENCIA: Fuenteovejuna, mi bien.  
 FRONDOSO: ¿Quién le mató?  
 LAURENCIA: Darme espanto.  
 Pues, Fuenteovejuna fue.  
 FRONDOSO: Y yo, ¿con qué te maté?  
 LAURENCIA: ¿Con qué? Con quererte tanto.

***Vanse. Salen el REY y la reina ISABEL y luego  
 MANRIQUE***

ISABEL: No entendí, señor, hallaros  
 aquí, y es buena mi suerte.  
 REY: En nueva gloria convierte  
 mi vista el bien de miraros.  
 Iba a Portugal de paso  
 y llegar aquí fue fuerza.  
 ISABEL: Vuestra majestad le tuerza,  
 siendo conveniente el caso.  
 REY: ¿Cómo dejáis a Castilla?  
 ISABEL: En paz queda, quieta y llana.  
 REY: Siendo vos la que la allana,  
 no lo tengo a maravilla.

***Sale don MANRIQUE***

MANRIQUE: Para ver vuestra presencia  
 el maestre de Calatrava,  
 que aquí de llegar acaba,  
 pide que le deis licencia.  
 ISABEL: Verle tenía deseado.  
 MANRIQUE: Mi fe, señora, os empeño,  
 que aunque es en edad pequeño,  
 es valeroso soldado.

**Vase, y sale el MAESTRE**

MAESTRE: Rodrigo Téllez Girón,  
 que de loaros no acaba,  
 maestro de Calatrava,  
 os pide humilde perdón.  
 Confieso que fui engañado,  
 y que excedí de lo justo  
 en cosas de vuestro gusto,  
 como mal aconsejado.  
 El consejo de Fernando  
 y el interés me engañó,  
 injusto fiel; y así, yo  
 perdón humilde os demando.  
 Y si recibir merezco  
 esta merced que suplico  
 desde aquí me certifico  
 en que a serviros me ofrezco,  
 y que en aquesta jornada  
 de Granada, adonde vais,  
 os prometo que veáis  
 el valor que hay en mi espada;  
 donde sacándola apenas,  
 dándoles fieras congojas,  
 plantaré mis cruces rojas  
 sobre sus altas almenas;  
 Y más, quinientos soldados  
 en serviros emplearé,  
 junto con la firme y fe  
 de en mi vida disgustaros.

REY: Alzad, maestro, del suelo;  
 que siempre que hayáis venido,  
 seréis muy bien recibido.

MAESTRE: Sois de afligidos consuelo.

ISABEL: Vos con valor peregrino  
 sabéis bien decir y hacer.

MAESTRE: Vos sois una bella Ester  
 y vos un Xerxes divino.

**Sale MANRIQUE**

MANRIQUE: Señor, el pesquisidor  
 que a Fuenteovejuna ha ido  
 con el despacho ha venido  
 a verse ante tu valor.

REY: Sed juez de estos agresores.

MAESTRE: Si a vos, señor, no mirara,  
 sin duda les enseñara  
 a matar comendadores.

REY: Eso ya no os toca a vos.

ISABEL: Yo confieso que he de ver  
 el cargo en vuestro poder,

si me lo concede Dios.

**Sale el JUEZ**

JUEZ:           A Fuenteovejuna fui  
de la suerte que has mandado  
y con especial cuidado  
y diligencia asistí.  
Haciendo averiguación  
del cometido delito,  
una hoja no se ha escrito  
que sea en comprobación;  
    porque conformes a una,  
con un valeroso pecho,  
en pidiendo quién lo ha hecho,  
responden: "Fuenteovejuna."  
    Trescientos he atormentado  
con no pequeño rigor,  
y te prometo, señor,  
que más que esto no he sacado.  
    Hasta niños de diez años  
al potro arrimé, y no ha sido  
posible haberlo inquirido  
ni por halagos ni engaños.  
    Y pues tan mal se acomoda  
el poderlo averiguar,  
o los has de perdonar,  
o matar la villa toda.  
    Todos vienen ante ti  
para más certificarte;  
de ellos podrás informarte.

REY:           Que entren pues viene, les di.

**Salen los dos alcaldes, FRONDOSO, las mujeres y los villanos que quisieren**

LAURENCIA:    ¿Aquestos los reyes son?  
FRONDOSO:    Y en Castilla poderosos.  
LAURENCIA:    Por mi fe, que son hermosos;  
                ¡bendígalos San Antón!  
ISABEL:        ¿Los agresores son éstos?  
ESTEBAN:      Fuenteovejuna, señora,  
                que humildes llegan agora  
                para serviros dispuestos.  
                La sobrada tiranía  
                y el insufrible rigor  
                del muerto comendador,  
                que mil insultos hacía  
                fue el autor de tanto daño.  
                Las haciendas nos robaba



y las doncellas forzaba,  
siendo de piedad extraño.

FRONDOSO: Tanto, que aquesta Zagala,  
que el cielo me ha concedido,  
en que tan dichoso he sido  
que nadie en dicha me iguala,  
cuando conmigo casó,  
aquella noche primera,  
mejor que si suya fuera,  
a su casa la llevó;  
y a no saberse guardar  
ella, que en virtud florece,  
ya manifiesto parece  
lo que pudiera pasar.

MENGO: ¿No es ya tiempo que hable yo?

Si me dais licencia, entiendo  
que os admiraréis, sabiendo  
del modo que me trató.

Porque quise defender  
una moza de su gente,  
que con término insolente  
fuerza la querían hacer,  
aquel perverso Nerón  
de manera me ha tratado  
que el reverso me ha dejado  
como rueda de salmón.

Tocaron mis atabales  
tres hombres con tan porfía,  
que aun pienso que todavía  
me duran los cardenales.

Gasté en este mal prolijo,  
por que el cuero se me curta,  
polvos de arrayán y murta  
más que vale mi cortijo.

ESTEBAN: Señor, tuyos ser queremos.

Rey nuestro eres natural,  
y con título de tal  
ya tus armas puesto habemos.

Esperamos tu clemencia  
y que veas esperamos  
que en este caso te damos  
por abono la inocencia.

REY: Pues no puede averiguarse

el suceso por escrito,  
aunque fue grave el delito,  
por fuerza ha de perdonarse.

Y la villa es bien se quede  
en mí, pues de mí se vale,  
hasta ver si acaso sale  
comendador que la herede.

FRONDOSO: Su majestad habla, en fin,  
como quien tanto ha acertado.

Y aquí, discreto senado,  
Fuenteovejuna da fin.

